La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 20 de abril de 1891 — Núm. 486

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DON JAIME EL CONQUISTADOR, busto en barro cocido de Rafael Atché

(Exposición de Bellas Artes de Barcelona)

SUMARIO

LA ORNAMENTACION

EN LAS ARTES DEL EXTREMO-ORIENTE Y DE LA AMÉRICA PRECOLOMBIANA

La India, la China y el Japón forman una serie aparte en el proceso histórico de las artes. Las analogías de los monumentos y de los productos industriales de esos tres pueblos lo declaran con harta claridad al propio tiempo que las tradiciones históricas.

Recientes descubrimientos parecen indicar, por otra parte, que en la América precolombiana se dejó sentir una influencia búdica y los monumentos mejicanos y del Yucatán ofrecen semejanzas decorativas y ornamentales con los de la India y la China.

I

ARTE INDIO

En el arte indio hay que distinguir dos períodos: el primitivo, que parece acutóctono, y otro en que se manifiesta una influencia árabe persa. Indicos pueden llamarse, con toda propiedad, los monumentos del primer período; indo-persas deben llamarse los del segundo.

Los monumentos de estilo índico fueron construídos en los primeros siglos de la Era cristiana. Muchos de ellos están cavados y tallados en las rocas; otros están construídos; y todos ellos revelan que sus autores poseían grande instinto decorativo. Su ornamentación se manifiesta en fajas de menuda labor ó de figuras decorativas, de hombres y de animales que sirven de telamones, produciendo un conjunto rico afiligranado y profuso de detalles, que da idea de la afición de los indios á la exornación.

Los rasgos característicos de las construcciones índicas pueden apreciarse, no sólo en los monumentos, sino en la importante obra del arquitecto indio Ram Raz, obra técnica que contiene las reglas para la construcción de edificios. El sistema decorativo consiste, para las fachadas, portadas de templos cavados en roca, cúpulas, etc., en frisos historiados y molduras corridas superpuestas. Ram Raz indica en su obra las diferentes proporciones que debían darse á cada moldura, porque según él el mérito de un monumento dependía de la perfección con que se efectuasen las transiciones de unas molduras á otras. También expone las reglas que debían observarse para la construcción y para conseguir la diminución de las columnas en el sentido de su altura.

El adorno debió tener cierto carácter tradicional y religioso, pues Ram Raz cita libros sagrados en que se encontraban muchos preceptos referentes al modo de adornar los diversos miembros arquitectónicos con lotos y pedrerías, elementos que parecen ser los tipos principales de la decoración de molduras.

En algún monumento, como la estatua representando á Surga ó el Sol que conserva la *Asiatic Society* y que corresponde á una época comprendida entre los siglos V y IX de la Era Cristiana, se ven adornos preciosamente ejecutados que revelan una influencia griega.

El segundo estilo indio, ó sea el que tiene por carácter distintivo la influencia árabe-persa, ofrece un sistema ornamental en el que se observan todas las leyes de la distribución de la forma, expuestas al hablar del adorno árabe. Lo mismo en las obras de decoración arquitectónica que en los productos industriales sean de la índole que quieran la forma general está tratada cuidadosamente. La ausencia de todo adorno superfluo, la división y subdivisión de las líneas generales, se encuentra en lo indio como en lo árabe, sin más diferencia que la expresión individual de los estilos. El estilo árabe-persa se manifiesta más gracioso y menos convencional que el árabe español, sin duda porque la influencia persa fué más directa que la árabe. Entre los caracteres de la ornamentación índica señala Racinet *la continuidad* y *la plenitud* que campean en la superficie decorada y se manifiestan en una profusión de motivos semejantes, ligados por el tono del fondo, algunas veces claro, pero vivo; pues el fondo es el principal agente que contribuye al efecto del conjunto. Todo el atractivo de los motivos ornamentales indo-persas consiste en la viveza y acertada combinación de los colores, sin producir efectos chillones ni conjuntos abigarrados; lo cual unido á la manera ya indicada de distribuir y ligar los motivos ornamentales, da á la decoración una riqueza y un reposo que producen en el ánimo del espectador una sensación agradable.

Los motivos usuales consisten en trazados curvilíneos semejantes á los del arte persa y en flores que aunque tratadas de una manera convencional se acercan bastante á la imitación de la Naturaleza. Además, la tentativa de copiar el claro-obscuro se manifiesta por medio de la degradación de tonos en telas y pinturas y también en los damasquinados. Uno de los motivos ornamentales más característico y más frecuente en las telas labradas es la palma interpretada á modo de hoja puntiaguda, que cuando aparece sin tallo tiene forma de piña.

II

ARTE CHINO

Los monumentos más antiguos del arte chino consisten en unos vasos de bronce que se conservan en el Museo imperial de Pekín y que corresponden á las dinastías segunda y tercera, cuya antigüedad se eleva á los siglos XVIII á XIII antes de J.C. Los adornos de estos vasos de tan remota antigüedad, revelan un arte que ha pasado del período rudimentario ó de infancia, pues presenta ya los caracteres que se han perpetuado en el arte. Durante el período de siglos en que se ha desarrollado el proceso de aquella civilización se observan algunas influencias de la India y del Japón.

El arte chino es sumamente fantástico y variado, y no parece que haya habido en él otra tendencia que la reproducción incesante de los mismos tipos tradicionales. El sistema decorativo chino adolece de falta de orden y de plan; pero está tratado con fantasía; la variedad de colores es muy rica y la viveza de tonos presta poderoso encanto á las composiciones decorativas. Carece de grandiosidad á pesar del modo fantástico como están tratados los motivos ornamentales. Es menester no olvidar que los chinos ignoran las leyes de la perspectiva y que desconocen el modo de emplear las sombras y el claro-obscuro.

La índole especial de la arquitectura china, poco monumental, ha sido causa de que la ornamentación se manifieste con mayor importancia en los productos industriales, debiendo estudiarse por consiguiente en las porcelanas, lacas, telas y pinturas.

Desde luego, el chino decorador tiene más instinto de la combinación de colores que de la distribución de intervalos y ponderación de masas.

Los ornatos chinos consisten en sencillas combinaciones geométricas formando cuadrados, exágonos, ajedrezados, circunvoluciones, etc. Entre esta serie de ornatos llama desde luego la atención la presencia del *meandro ó greca*, tal como la vemos empleada en la ornamentación clásica. Otro elemento importante son las flores, interpretadas de un modo convencional aunque participan algo de la tendencia naturalista indicada á propósito de los estilos índico é indo-persa. También emplean como elemento decorativo cierto número de figuras consagradas, que tienen por lo común una expresión simbólica. La imaginación china se acomodó muy bien á representar estos dragones, monstruos, etc., como el perro de Fó ó Buda, que es una especie de león con agudos dientes y afiladas uñas, el caballo sagrado, el *Fong-Hoang*, pájaro singular y quimérico, y el ciervo blanco, la grulla, el pato mandarín y otras figuras. Racinet entiende que la inmutabilidad de procedimiento y fidelidad de copia en las figuras puede ser efecto de un instinto esencialmente imitativo y tradicional del pueblo chino, y que la fidelidad en la observación de los mismos procedimientos y el empleo de formas y de colores se refiere quizá á reglas misteriosas, á una especie de ritual perpetuado á través de las edades.

III

ARTE JAPONÉS

El arte japonés tiene su origen en el chino, con el que guarda semejanza. Sin embargo, le caracteriza un individualismo, una originalidad, un buen gusto, que le hace infinitamente superior al arte chino. El chino es un artífice que ejecuta el arte como un oficio y por rutina; el japonés es un genio que produce el arte con la originalidad y el esfuerzo propios del que ante todo huye de la imitación. Además, el gran secreto en que estriba el mérito principal del arte japonés es que, á pesar de haberle informado las tradiciones chinas, supo desde luego estudiar directamente la Naturaleza é interpretarla de un modo original, elegante, grandioso y decorativo. Ninguno de los convencionalismos que se observan en el arte japonés contradice á la Naturaleza Pero conviene decir, antes de pasar adelante, que en los productos japoneses el simple ornato tiene escasa importancia, al paso que la tienen muy grande las figuras. Las porcelanas, los bronces, las telas y demás productos japoneses son muy decorativos por el efecto de conjunto, pero hay en ellos pocos ornatos propiamente dichos. Ningún motivo nuevo fuera de los indicados en el arte chino se encuentra en el japonés; pero en éste están ejecutados con mejor gusto, y los colores, siendo vivísimos y ofreciéndose en las combinaciones más originales, nunca resultan abigarrados ni chillones. La fantasía japonesa es infinitamente superior á la china; lo cual unido á la superioridad del dibujo y al buen gusto y habilidad para componer, da felicísimos resultados. Los seres quiméricos, antes indicados como elementos de exornación, son en lo japonés mucho más bellos, originales y decorativos que en lo chino.

Una particularidad singularísima se observa en el arte japonés: el decorador huye de la simetría; de tal manera, que para decorar un plato ó una superficie cualquiera reparte caprichosamente, y como al azar, motivos desemejantes, tales como una cartela y un círculo superpuesto y en otro lado un abanico y un dragón. A veces emplean la escritura mezclada con los ornatos, aunque no como lo hicieron los egipcios y los árabes, es decir, que no la emplean como elemento decorativo. En lo japonés resulta casual el efecto decorativo, por razón de la forma misma de los caracteres. La interpretación de las flores, del mar y de las nubes suele ser fantástica y originalísima, pues estos elementos suelen estar tratados á modo de ornatos ondulados que recuerdan las ondas griegas.

En suma, el adorno japonés no obedece á reglas fijas, sino al instinto decorador y á la fecunda originalidad de aquellos singulares artistas.

IV

LAS ARTES EN LA AMÉRICA PRECOLOMBIANA

Dejando á un lado la trascedental cuestión del origen de los antiguos pueblos, cuya civilización se reconoce en las ruinas de palacios, templos y sepulturas de Méjico, Yucatán, Perú, etc., creemos oportuno decir que la ornamentación americana no debe incluirse, como quiere Racinet, entre las artes primitivas ó rudimentarias, pues los constructores de los monumentos á que acabamos de referirnos no estaban en el estado de atraso en que hoy se hallan los indios en Nueva Guinea, Nueva Zelanda, etc. No sólo los monumentos, sino los productos industriales, especialmente cerámicos, muchos de ellos recogidos en las *huacas* ó sepulturas peruanas, demuestran que los ornatos americanos responden á un sistema decorativo de que sólo podía ser dueño un pueblo tan adelantado en la cultura y en las artes como lo estuvo la Asiria en la antigüedad y hoy lo está la China.

La decoración arquitectónica consiste principalmente en trazados geométricos esculpidos en relieve ó en hueco, repartidos en frisos y recuadros que cubren por completo los grandes entablamentos de aquellas construcciones, acusando el recuerdo de la construcción de madera ó ensamblado. Los dinteles de las puertas afectan forma de trapecio, cuyo lado mayor está arriba; pero este trapecio está formado por una serie de frisos superpuestos sobre los cuales campea algún mascarón.

La ornamentación americana, como la china y la japonesa, es geométrica. El *meandro* ó greca y la celosía ó enrejado en diagonal son los elementos principales. Tanto en los entablamentos y aun zócalos exteriores como en los paramentos interiores de los

edificios, campean los *meandros*, desarrollándose en fajas ó series horizontales, por lo común superpuestos, con ligeras variantes de unas series á otras. Cual si fueran una amalgama de los dos ornatos griegos el meandro y la onda, los meandros americanos forman la solución de continuidad por medio de una línea escalonada. Esta forma de meandro no se encuentra exacta en la China ni en el Japón, pero sí muy aproximada. Los bronces chinos llamados bronces rituales de remota antigüedad llevan el meandro entre sus adornos especiales y caracteríscos. En el gran palacio de Mitla, el meandro se presenta como elemento dominante y casi único, en frisos superpuestos al exterior y al interior del monumento, dando á los lienzos de muro el aspecto de grandes tapicerías extendidas. Razón tiene el historiador del arte Lubke, cuando al hablar de la ornamentación de los monumentos americanos dice que los adornos derivados de los tejidos son siempre los más ricos, los mejor encontrados y mejor interpretados, como los meandros, los ziszás, las postas y aun las líneas onduladas; y añade que tan diversos motivos de ornamentación, especialmente los meandros, son comunes á toda la humanidad, se aliaron desde muy temprano á las obras de arquitectura y no tardaron en plegarse á las necesidades de la gran construcción; pero que en un principio no fué así, pues la decoración no acompaña á la construcción, sino que la cubre como en los monumentos de la civilización mejicana, cuyos muros están tratados como cuadros de tapicería.

Los ornatos polícromos de los vasos mejicanos y peruanos ofrecen también el *meandro* y algunas combinaciones geométricas trazados, bien con colores rojo y pardo sobre el color amarillo del barro, bien con punzón sobre el barro negro. Estos vasos recuerdan, los polícromos á los vasos fenicios y griegos del período oriental y los negros á los etruscos.

La ornamentación americana unas veces es muy sencilla y severa y otras es fantástica, exuberante y caprichosa; tal se ve, por ejemplo, en algunos ídolos de carácter monumental y decorativo, cargados de adornos, que por su aglomeración guardan semejanza con los adornos chinos. Las cabezas de grifo, los mascarones coronados de plumas y los rostros interpretados de un modo hierático abundan bastante en las obras de la plástica américana.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA



¡HUÉRFANA!, cuadro de D. Ricardo Brugada (Exposición Parés)

EL MÉDICO EN LOS DESAFÍOS

Empiezo declarando que no soy partidario del duelo, como medio de poner la razón en su punto y de dar á cada uno en este mundo lo que le corresponda en justicia; si yo no viviera entre hombres, y si yo mismo no lo fuera, sujeto como el primero á todo linaje de incongruencias y extravagancias, iría más lejos aún y me declararía decidido enemigo del duelo. Pero no puede ser.

La humanidad, como cada uno de los individuos que la componen, está sujeta á las leyes de la herencia, y no hay que llegar con Ibsen al infierno de *Los aparecidos*, ni con Daudet al purgatorio de *El obstáculo*, para tropezar con manifestaciones de ella á cada paso que damos en el camino de la vida. El duelo aparece como enfermedad social, epidémica y contagiosa en la Edad media; período de transición en las creencias religiosas, en la organización de la familia, en el reparto de la propiedad, eran estos tres problemas otros tantos fecundos semilleros de conflictos, que estallaban sin que pudiera refrenarlos la intervención de una autoridad, que brillaba por su ausencia, ni el imperio de una opinión pública, que tampoco existía; el valor personal, la fuerza, eran los árbitros únicos, cuyas decisiones se imponían y eran acatadas con profundo respeto por las masas.

El duelo servía entonces, no ya sólo para dirimir diferencias personales y particulares, sino que un caballero andante cita y emplaza á todos los nacidos para hacerles confesar á puros botes de lanza cualquier tontería, que si Fulanita era más guapa ó Menganito más valiente; y ante ese reto, en lugar de presentarse un corregidor con dos cuadrilleros que metieran en la cárcel por embriaguez al andante alborotador, siempre salía otro tal sosteniendo, desde detrás de una visera enorme y también á lanzada limpia, que Zutanita era más guapa y Perengano más valiente.

Claro está que, para salir de dudas, mejor que todas las lizas y arremetidas y testarazos, hubiera sido mostrar un retrato de la interesada, tamaño como un grano de trigo, cual el que de Dulcinea pedían á don Quijote los mercaderes toledanos; pero esta misma claridad perjudica muchas veces al éxito de las cosas, y la verdad del caso es que sólo á un comerciante, gente práctica, como se ve, y algo socarrona, que dice Cervantes, se le ocurría eso, que parece tan natural, de pedir un retrato para certificar del *físico* de un ausente; los demás humanos se iban al campo acto seguido, y en un periquete quedaba demostrado quién tenía razón: el que pegaba más y más fuerte.

Batíanse los señores unos con otros y los escuderos que llevaba cada uno; batíanse entre sí los testigos ó padrinos respectivos, y de cada duelo surgían mil que ayudaban á las gentes á pasar la vida alegremente, gozando del honesto espectáculo, contemplando los resplandores de verdades sostenidas siempre á punta de lanza, en el puro sentido de la frase. Pasó



FUTUROS LOBOS MARINOS, cuadro de D. José Ferrer y Pallejá

el período álgido de la fiebre, modificáronse los usos y costumbres y con ellos las leyes; pero la suerte ya estaba echada, y el duelo, aclimatado en la sociedad, hízose endémico por la ley de herencia que evocamos antes, á la que nadie, desgraciadamente, se sustrae: podrá la nación civilizada castigar el duelo en varios artículos de sus códigos escritos, y considerar como cómplices de un delito á los testigos; pero la opinión pública no indulta de la nota infamante de cobardía á quien rechaza un duelo, ni regatea el desprecio á quien niega su concurso para ordenar y presenciar el acto; ni la razón ha logrado imponerse, con beneplácito de todos, á la suerte y la destreza en estos juicios en que se ventilan cuestiones de honor; ni los legisladores se han atrevido á suprimir en sus mamotretos esos artículos, que han de permanecer incumplidos, sustituyéndolos por otros que establezcan y regulen los *tribunales de honor*, únicos que, tal vez, evitarían el duelo. Hoy por hoy, y por mañana, éste se impone, y es preciso conformarse con su permanencia en las costumbres sin decir de esta agua no beberé, por mucho que el beberla nos repugne.

Habiendo aceptado quien esto escribe el compromiso de redactar el artículo *Esgrima* para un *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, en el que colaboran escritores distinguidísimos, – el ya popular de los Sres. Montaner y Simón, de Barcelona, – hubo de consultar una extensa bibliografía referente al asunto, pues no quiso fiar á su memoria infiel ni á su experiencia escasa un trabajo que había de andar en tantas manos figurando entre otros muy notables; ese trabajo, ahí está publicado y no he de hablar más de él; pero tenía que citarle para dar mayor fundamento y más fuerza á la expresión, que he de apuntar aquí, de la sorpresa que me produjo no hallar en ninguno de los libros que hojeé ú ojeé entonces, consagrados todos al duelo, á los desafíos, al honor, á la espada, el sable, el florete y la pistola; no hallar, repito, en ninguno un artículo dedicado al papel que el médico ha de desempeñar y cómo en los duelos, si es que alguno se verifica actualmente, que yo no lo sé, burlando los paternales y previsores artículos que á prohibirlo encamina nuestro completísimo código penal.

En todos aquellos se habla de los adversarios y de los testigos, dándoles sanos consejos y dictándoles sábias reglas de conducta; pero no comprenden entre los testigos más que á los padrinos, olvidando, ó poco menos, á otro que es importantísimo, indispensable, si el duelo concertado va á ser algo más que una jira campestre; que está en el campo del honor impuesto por un mandato de la moral universal, de la filantropía, de la caridad cristiana, de algo así muy grande; que de espectador se convierte en actor cuando llega el caso, no para dar palmadas precursoras del fuego ó voces que hagan cruzarse los aceros, sino para aminorar las tristes consecuencias de la lucha, para detener la asfixia en el que es víctima de una hemorragia incoercible, para evitar la muerte en quien sufrió una lesión inevitable, para practicar primeras curas racionales y enérgicas y tomar precauciones que eviten en lo posible las cicatrices viciosas y en general todas las complicaciones de las heridas. Este testigo es el médico.

No es, pues, su papel en el duelo tan insignificante que pueda pasar inadvertido ó prescindirse de él; el duelo, en sus efectos sociales, termina tan pronto como uno de los adversarios se inutiliza para continuar defendiéndose ó queda en situación de fuerza ó agilidad muy desventajosa respecto al otro, y esta inferioridad sólo el médico puede calificarla, pues sabido es que los duelos á muerte, aquellos en los cuales uno de los adversarios ha de quedar *muerto* en el terreno, no se pactan ya; ocurren, por desgracia, algunas veces, pero de manera imprevista: los adversarios van al campo á vindicar sus agravios como caballeros y ante caballeros, no á matarse como gladiadores ante la plebe romana. Todo aquel que haya presenciado duelos, aun en el caso de que ambos adversarios le fueran indiferentes, habrá notado cuán desagradable es la impresión que causa en todos los presentes ver herido á uno de aquéllos; el agresor baja el arma y rompe hacia atrás, si el combate es á sable ó espada; el herido vacila, y hay un momento en el que todos los circunstantes, amigos y no amigos, se precipitan en su auxilio sin poderse contener hasta que el doctor se hace cargo de él, y entonces todos se retiran y se lo dejan á él solo. Si el combate es á pistola, estas emociones se multiplican, porque el duelo á pistola es siempre más imponente que cualquier otro.

Pero no se limita con lo dicho la intervención del médico en el acto del duelo. Antes de verificarse ha de tomar ciertas precauciones con las armas blancas y después tiene especialísimos deberes que cumplir. Vamos por partes.

Es necesario, inexcusable, que el médico desinfecte las hojas de las armas blancas que vayan á esgrimir los adversarios; esta precaución no da ni quita nada al curso y duración del combate ni á sus resultados inmediatos, que son los que se cuentan y los que valen; el médico, que no consentiría que se mojaran las puntas de las armas en una disolución de curare, ú otra como esa venenosa, sabe que naturalmente llevan gérmenes que envenenan las heridas que hacen, las complican y de un simple rasguño pueden originar un foco infeccioso peligrosísimo: el médico es el llamado á evitar eso, y debe evitarlo, ó no autorizarlo con su presencia y retirarse, si los padrinos pusieran algún obstáculo al cumplimiento de ese deber suyo de conciencia. El general Boulanger no existiría probablemente á estas horas si en su duelo con el señor Floquet hubieran olvidado los médicos tan sencilla precaución, ó los padrinos se hubieran opuesto á que la tomaran. Por ahí hemos visto en pocos meses á dos caballeros, uno de los cuales cuenta con la confianza, ó con los votos por lo menos, de 16.413 madrileños y el otro con la confianza y el aprecio justísimos de muchos portorriqueños, que si las tremendas cicatrices que enseñaban les hubieran sido causadas en duelo, circunstancia que ignoramos, constituirían un mérito para los respectivos adversarios, dos buenos golpes de cabeza; pero hablarían muy bajito en favor de los médicos que curaron las heridas sobre el terreno.

Otro de los deberes que ha de cumplir el médico que asiste llamado á un duelo, consiste en no separarse ni un momento de su cliente herido, hasta dejarlo convenientemente instalado en sitio á propósito, tanto porque esa es su obligación siempre, cuanto para poder certificar ante la autoridad, si esta interviniera, como sea justo y le dicte su conciencia de perito y caballero; un particular sólo puede decirle á un juez, por ejemplo, que allí hay un herido; un médico puede añadir que la herida se produjo *casualmente*, con lo cual no faltará á la verdad en la mayoría de los casos, se le cree y se simplifica el procedimiento incoado sin molestar á nadie más con declaraciones y otros excesos.

De todo lo expuesto se desprenden las siguientes reglas, que formulamos con la mayor sencillez posible, sin tener la pretensión de acertar, pero con el deseo de iniciar algo práctico en asunto que nos parece muy importante y muy descuidado, á pesar de que en él va envuelta muchas veces la vida de un hombre. Nadie nace enseñado, y esto es lo que yo he aprendido:

1.ª El médico que tenga que asistir como tal á un duelo, y creemos que ninguno puede excusarse si se le solicita, debe enterarse bien de las condiciones en que se haya concertado éste (armas, sitio, hora, etc.), conferenciando con los padrinos y lo menos que pueda con el ó los adversarios; éstos no le dirán nada interesante ni recibirán una gran satisfacción hablando con quien les recuerda un peligro próximo.

2.ª Debe llevar consigo, si no ha podido llevarlo de antemano al teatro del encuentro, lo cual siempre es mejor: un frasco con una disolución fenicada ó de sublimado, un paquete de algodón en rama desinfectado, tres ó cuatro agujas enhebradas con hilo de plata ó cerdas, metidas en el frasquito del *catgut*, dos carteras de cura antiséptica, suizas ó alemanas, que abultan poco, son muy prácticas y se venden en todas partes, y tres ó cuatro instrumentos, pocos: pinzas de ligar y de anillos, estilete, tijeras y un bisturí. Un par de vendas fuertes, varias tiras de aglutinante y unos cuantos papeles de ergotina no estarán de sobra algunas veces.

3.ª Elegidas y medidas las armas, procederá á desinfectar cuidadosamente el tercio inferior de sus hojas con la disolución y el algodón citados antes, manifestando á los padrinos lo que hace y entregándoselas en seguida, retirándose inmediatamente á la mayor distancia compatible con una pronta intervención en caso de necesidad.

4.ª Tan pronto como esto ocurra y se lo adviertan los padrinos, pues él por sí no debe intervenir, el herido le pertenece, y el dictamen que él dé acerca de la continuación, suspensión ó terminación del duelo, es el que prevalece y debe seguirse; debiendo recordarse aquí que, cualesquiera que sean las condiciones pactadas al concertar el duelo los padrinos, el honor de los adversarios queda á salvo y satisfecho, aunque no su coraje muchas veces, siempre que el duelo termina por dictamen facultativo dado en forma, ó sea delante de los testigos de ambas partes y terminantemente.

5.ª El médico que asistió al duelo es responsable de su cliente, ante los padrinos que pregunten y ante las autoridades que investiguen, hasta que se firman y entregan las actas correspondientes, que es cuando, y nunca antes, puede hacer entrega de él á otro compañero; y

6.ª El médico, en esta como en todas las manifestaciones públicas de su ministerio, que no llamaré sagrado, pero sí muy respetable, y más, si cabe, en esta, debe mostrarse reservado y discreto, huyendo de cuanto pueda ponerle en ridículo, porque esto suele ser la primera consecuencia de los alardes y exhibiciones que algunos prodigan, ó pueda perjudicar al cliente, ó alarmar á su familia más de lo que ya suele estarlo.

Con esto termino, creyendo haber cumplido con la obligación que todos tenemos de auxiliarnos los unos á los otros y de facilitarnos la tarea, ya que por circunstancias especiales de mi vida he buscado sin encontrar y sé lo fastidioso que es eso: aquí ya hay algo; ahora, *qui aures habet, audiat*, como dicen las Sagradas Escrituras.

Federico Montaldo
Médico de la Armada

LOS PANTALONES

I

¡Pobre vizconde de la Sorpresa: su título era una predestinación! En su ciudad natal se cree que ha muerto de la vida de Madrid. ¡Tan guapo, tan joven, tan elegante! ¿Qué había de suceder? Que todo el mundo se le disputaba en la corte, que le han abrumado y desvencijado á fuerza de obsequios, banquetes y cacerías. ¡Pues y en el ramo de mujeres! Las madrileñas, que son tan sensibles á todas las distinciones, no le dejaban vivir. Dos señoritas de alta alcurnia, víctimas de las infidelidades del vizconde, se han perdido por él para el mundo, puesto que una se ha encerrado en un convento y la otra ha tomado el contenido de una caja de fósforos de Cascante, olvidada años ha en la papelera de su tío. De las clases de casadas y viudas no digo nada, sino que son respetables, pero irresistibles, pues á los atractivos naturales del sexo reunen la fuerza de la experiencia. «Ya se ve, dicen los paisanos del vizconde, ¿cómo resistir á tantas causas maléficas, con el aditamento de las cuestas, del polvo y de los bruscos cambios de temperatura de Madrid? ¿A qué diablos fué allá nuestro malogrado vizconde? ¿No era aquí querido y admirado?»

¡Oh! ¡Vaya si lo era! Llevaba el cetro de la moda en su ciudad natal, todos los elegantes le imitaban. Su sombrerero, su sastre, su zapatero: todos los proveedores le solicitaban porque sabían que el vizconde no seguía las modas, sino que las inventaba: le hubieran provisto de balde, y á ser tramposo (que no lo era) aquel supremo dandy, habría conseguido resolver, no el primer problema que es el de

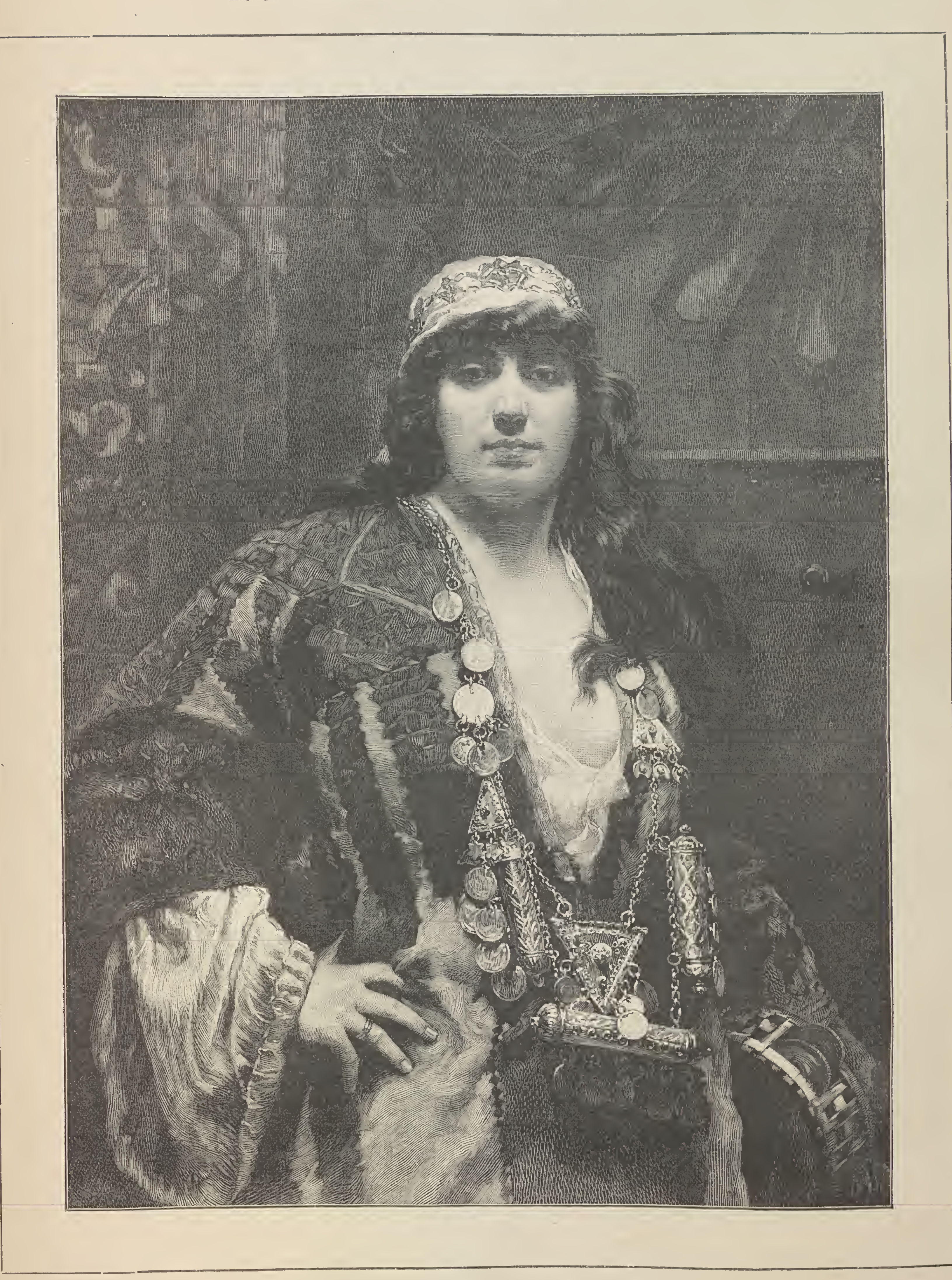
Vestir sin pagar al sastre,
y que el sastre no lo sepa;

porque éste no le resolverá nadie, pero sí el segundo, que consiste en que el sastre se olvide de pasar la cuenta al parroquiano.

Pues como iba diciendo, y por ejemplo, el vizconde usaba sombreros altos y de alas extensas, y no hay para qué decir que sus imitadores se cubrían la cabeza del mismo modo, tranquilos y contentos de no faltar á las prescripciones de la moda. Pero sucedía que el vizconde de la Sorpresa era aficionado á justificar su título, y habiendo andado todo el día con sombrero grande, por la noche se presentaba en las butacas del teatro con un sombrero semejante á un chito. ¡Adiós mi dinero!, es decir, el de los elegantes que habían estrenado hacía poco aquella prenda capital: quedábanse confusos y avergonzados: ¿cómo era posible vivir con aquellos sombrerotes, faltando á la última palabra de la moda personificada en el vizconde? Durante la representación y entreactos permanecían descubiertos, y algunos volvían descubiertos á su casa, aun cuando hiciese un frío de cuatro grados bajo cero; y á la mañana siguiente no se daban mano los sombrereros para confeccionar sombreros de chito.

Tal era la influencia del vizconde.

Verdad es que éste, que no era enteramente tonto, había tomado su papel por lo serio, estudiando profundamente los trajes de todos los países desde la antigüedad más remota. A fuerza de investigaciones había conseguido comprender la causa de que los griegos y los romanos fuesen casi desnudos, siendo así que los asirios, por ejemplo, en un clima achicharrador, iban envueltos en luengas ropas talares. De los españoles no digo nada: el vizconde sabía el origen de las bragas, zaragüelles, barretinas, bombachos,



JOVEN ARGELINA, cuadro de D. Ramón Tusquets

boinas, etc., etc: cosas que algunas se despegan del clima, trabajos y costumbres de los países en que se usan. ¡Lástima que el vizconde no haya divulgado sus estudios en materia tan importante!

II

Acaso el lector habráse sorprendido de este título de vizconde de la Sorpresa, que es ni más ni menos que otros muchos, como *verbigracia*: duque de la Conquista, marqués de la Fidelidad ó conde del Asalto. Un tatarabuelo del elegante vizconde había sido comerciante en pieles y vendía desde la de zorra azul hasta la de conejo casero, pasando, por supuesto, por la de marta cebellina. Sólo pensaba en su tráfico, que le iba enriqueciendo cada día más; pero estalló la guerra de sucesión, y como es sabido que los españoles tenemos que declararnos partidarios de alguien, bien sea Felipe de Borbón ó el Archiduque, ó Cánovas ó Sagasta, ó *Lagartijo* ó *Frascuelo*, el pacífico peletero susodicho se declaró por Felipe V en una comarca en que casi todo el mundo era adverso á la dinastía francesa. En una ocasión supo por casualidad que los imperiales habían inventado una ingeniosa combinación para sorprender y aniquilar al cuerpo de ejército que mandaba el general francés duque de Vendome, y el decidido comerciante, atravesando con mil riesgos el campo enemigo, pudo llegar al del duque y advertirle del peligro. ¿Qué menos podía hacer el rey de España, ya consolidado en su trono, sino ennoblecer á aquel leal partidario? No sólo le ennobleció con el título de vizconde de la Sorpresa, que á mi juicio debió ser de contrasorpresa, puesto que la sorpresa no llegó á efectuarse, sino que también le endonó cien mil ducados para que llevara dignamente su título, y además le otorgó campo de sinoples para su flamante escudo de nobleza, en alusión á la verde campiña teatro de la guerra.

Ocioso será decir que los sucesores del primer vizconde de la Sorpresa, y aun este mismo, no pensaron ya en zorras azules ni encarnadas, y sí sólo en darse el tono que su nuevo rango requería. Afortunadamente todos fueron juiciosos de generación en generación y conservaron su fortuna, y sólo al vizconde que traemos entre manos cupo la mala sombra de descarrilarse del buen camino. Y no se descarriló por falta sino por sobra de juicio y sensibilidad. El vizconde había estado tres ó cuatro veces en Madrid, pero por poco tiempo. Por más que digan sus paisanos, en la corte hacía menos papel que yo, que no hago ninguno (aunque sí le emborrono); así es que el elegante joven volvióse pronto á sus lares á ser el gallito y niño mimado de todos. Si la primavera pasada fué á Madrid, tuvo motivos razonables para este viaje fatal. No se dejó embaucar por el pomposo programa de las *fiestas de mayo*, sino que obedeció á más serias razones. Su padre había sido amigo de un actual ministro de la corona, y contando con el apoyo de éste y con el entusiasmo que el corte de sus *levisás* producía en sus paisanos, el vizconde concibió la ambición de ser diputado á cortes; pues si como vizconde á secas no figuraba, vizconde y diputado ya sería otra cosa.

«Si sale diputado, decían sus paisanos, y como es natural apoya al gobierno, ya hay gobierno para rato.»

El vizconde tuvo además otra razón poderosa para ir á Madrid. Era aficionado á toros y estaba deseando ver el paso atrás de *Lagartijo*.

III

Ya en Madrid y mientras esperaba las elecciones, se resignó á ser espectador y no primer actor en la comedia de la elegancia cortesana. El incienso de sus paisanos no se le había subido á la cabeza, y comprendía que en Madrid estaba el sínodo del buen tono. ¡Cómo llevaba el frac el conde de La C.! ¡Con qué difícil facilidad caía á caballo el marqués de B.! ¡Qué modo de guiar el del duque de A., que metía un tiro de cuatro caballos por el ojo de una aguja! Y ¡cómo vestían todos sin al parecer ocuparse de ello!

Apenas llegado á la corte trató el vizconde de abonarse á los toros. No quiso hacerlo á palco, en primer lugar porque todos los de sombra estaban abonados y porque además para un joven soltero era demasiado pretencioso: una delantera de grada convenía más á su clase y posición.

Pero un coloquio que oyó en casa de la duquesa de Vientoverde, á la que le presentó su amigo el ministro, hizo que modificara sus intenciones en lo referente á abono. La reunión de la susodicha duquesa era algo chapada á la antigua, y en general se componía de gente tan cotorrona como ella. Abundaban allí las personas provectas, y especialmente individuos de varias academias, de esos que de cada guardacantón reconstruyen un monumento celta ó romano, ó encuentran un códice precioso hasta en los archivos de Paracuellos de Xiloca; y una noche, con motivo de una cogida de un diestro, uno de dichos individuos pronunció un fogoso discurso antitaurino, al que, después de hablar de tradición estúpida, barbarie, decadencia de agricultura, exaltación de pasiones feroces y otros consabidos temas, puso fin con el siguiente párrafo:

«Pero ya se ve. ¿Qué ha de suceder al pueblo, cuando las clases cultas y elevadas le dan el ejemplo, inclusos los monarcas y miembros de la familia real? Sólo la actual regente es una excepción. En vida del difunto rey, que era *español neto*, le acompañaba á los toros contra su voluntad; pero ahora rehusa cuanto puede su asistencia á la dichosa fiesta nacional. Salva esta excepción, observen ustedes la plaza en una tarde de corrida, y la encontrarán llena de lo más selecto de la sociedad. Allí, hasta las mujeres delicadas y nerviosas que se asustan de un moscardón y se desmayan al ver correr cuatro gotas de sangre de un alfilerazo, se hacen feroces y presencian imperturbables la derramada por hombres y animales en el redondel. La flor de la juventud aristocrática, que debiera ocuparse en cosas más elevadas, acude presurosa á sancionar la hecatombe, y para *saborearla* más de cerca se abona á barrera del 1, quizá deseando que salte un estoque para convertirse en parte actora del sangriento drama. ¿Qué ha de suceder?, etc., etc.»

El vizconde de la Sorpresa oyó este discurso como quien oye llover estando en la cama, pero se fijó en el último período. ¿Conque era *chic* abonarse á barrera del 1? Pues él se abonaría. ¡Mejor que mejor! Así vería más de cerca los telones de *Lagartijo*.

Y salvando infinitas dificultades á fuerza de dinero, se abonó.

IV

Una tarde florida de mayo (como reza la canción) el vizconde paseaba por Recoletos, haciendo observaciones elegantes. Aspiraba á la perfección absoluta, y no se escapaba á su mirada sagaz é inteligente ni el más mínimo detalle. Sabía que un jinete que pasaba *abrigaba* al caballo para hacer más airosa la postura de las piernas. Comprendía que uno que guiaba llevaba ladeada la cabeza como si le tirase un flemón, obedeciendo al *non plus ultra* inglés; todo se lo explicaba, y decíase satisfecho que pocas, muy pocas cosas faltábanle que comprender.

El vizconde, que paseaba á pie, vió venir á un joven que llamó poderosamente su atención. ¡Gran Dios! Era un figurín, pero un figurín sin el empaque tieso de los figurines: por el contrario, ¡qué soltura, qué elegancia, qué porte tan distinguido; una maravilla! El vizconde, que era un lince en estas cosas, de lejos no pudo fijarse en un detalle; mas cuando vió más de cerca al admirable dandy, este detalle le sorprendió mucho: no había polvo, porque el paseo estaba regado, ni humedad porque el riego se había secado, y sin embargo aquel elegante modelo llevaba el pantalón, un pantalón obscuro, extraordinariamente remangado. «¿Por qué sería aquello?,» pensó el vizconde, investigador de suyo; «¿á qué causa obedece aquel *remangamiento* que destruía la pureza de la línea elegante?»

Después de revolver su imaginación, el vizconde se lo explicó de la siguiente manera: aquel joven tan *comme il faut* no podía menos de ser un *sportment* de primera; venía de alguna cuadra de examinar quizá algún caballo: para entrar habíase remangado el pantalón, y al salir había olvidado el bajárselo; sí, no podía ser otra cosa...

Desde que el vizconde se abonó á los toros no se había verificado ninguna corrida por causa de temporal, y los aficionados maldecían los dos chaparrones inoportunos, motivos de dos suspensiones de su anhelada fiesta. Por fin amaneció un domingo como sólo los hay en Madrid, de cielo azul intenso, de sol resplandeciente, de airecito fresco sin humedad. Yo creo que aquella tarde todo el mundo fué á los toros, incluso el académico que tanto tronaba contra ellos en casa de la duquesa de Vientoverde.

El vizconde llegó á la plaza empezada ya la corrida. Lo primero que hizo después de ver un quite de *Lagartijo* fué fijarse en sus cómplices de barrera. Sí, era cierto, allí estaba lo más relumbrante de la juventud dorada. Tenía por vecino al duque de A..., supuesto que sólo le separaba de él un señor colorado y rechoncho. Al otro lado del duque se prolongaba la fila de jóvenes elegantes y blasonados. La primera sorpresa del vizconde de la *ídem*, fué comprender por frases y dicharachos sueltos que en aquel cotarro había varios adversarios de *Lagartijo*. ¡Cómo! ¿*Lagartijo* era discutible? Pero en fin, esto no preocupó al vizconde: él no alardeaba de ser inteligente en tauromaquia. El primer toro fué pareado y muerto á la cordobesa, y comenzó el arrastre, que duró mucho, puesto que había en el redondel seis caballos muertos. Hubo en las barreras y tendido el movimiento consiguiente. Los espectadores aprovecharon aquel largo intermedio para hacer comentarios y *filar* á las sensibles damas y damiselas de las gradas y palcos. Porque la fiesta nacional proporciona variadas emociones. La primera es antes de la corrida, cuando las futuras espectadoras suben las escaleras voladas del primer piso, y eso que las picaruelas están escamadas...

Pero vuelvo al vizconde.

Todo lo observaba, pero mucho más á sus congéneres los elegantes de la barrera. Casi todos estaban en pie, de espaldas al redondel, incluso el duque de A..., que era el más próximo al vizconde. De repente aquél puso un pie en el asiento que tenía delante, que estaba desocupado; el vizconde miró y quedóse *patidifuso*; sí, *patidifuso*, esté ó no esté esta palabra en el Diccionario; y fué tal su asombro, que al hacer un movimiento se dió un golpe en uno de los hierros que sostienen la maroma de la contrabarrera.

V

¿Pero qué vió?

Una cosa inesperada: para él más que si hubiera visto á la esfinge de Tebas hablándole en vascuence; una cosa que como quien dice llovía sobre mojado. Figúrense ustedes un naturalista que descubre un segundo ejemplar del *Tarantantaleo* antediluviano, y podrán formarse idea de la estupefacción del vizconde...

¡Pero dale! ¿Qué vió?

Pues vió que el duque de A... tenía el pantalón remangado.

¿Qué pensar de aquello? ¿Qué deducir? ¿Qué suposición formar?

El vizconde alzó los ojos al cielo, no para pedirle una inspiración, sino para ver si llovía ó amenazaba lluvia; pero ¡ca!, el cielo seguía azul y despejado, y el sol achicharraba á los de los tendidos fronteros.

El atortolado vizconde se separó un poco de su barrera y pasó revista de inspección de pantalones á la pléyade de jóvenes elegantes:

¡Todos remangados, todos, absolutamente todos!

¡Cielo santo! ¿Qué era aquello? No podía admitirse la suposición, como en el joven de Recoletos, de que viniesen de una cuadra y se hubieran descuidado. No, aquel remangamiento general parecía una idea madurada y preconcebida. Pero ¿á qué obedecía?

El vizconde torturaba su imaginación, ni el toreo cordobés de *Lagartijo* conseguía distraerle. Registraba los desvanes de su erudición indumentaria, por ver si hallaba analogía entre los pueblos antiguos y modernos que han usado ó usan pantalones. Los kalmucos suelen remangarse el pantalón, pero es para andar por un terreno espinoso, húmedo y quebrado. Los mejicanos y paraguayos también se le levantan, y mucho, pero es porque á veces les sirve de bolsa para guardar las bolas de las cuerdas de enlazar animales salvajes.

Los... Nada, nada, no hay explicación posible.

Terminada la corrida, el vizconde, apoyado de espaldas en su barrera, vió desfilar todos los pantalones del tendido. Todo el mundo los llevaba en su estado natural, sólo el grupo elegante y aristocrático continuó con ellos levantados. El vizconde siguió al duque de A... esperando que se los bajara al salir de la plaza; pero nada, vióle subir á su tílburi sin novedad.

Aquello era inaudito.

Durante la fiesta, y más especialmente á la salida, el vizconde estuvo tentado de preguntar á alguno de aquellos jóvenes la causa del remangamiento; pero no trataba á ninguno, y hubiera sido una impertinencia. Contúvose, pues, y esperó á tomar informes en la tertulia de la duquesa de Vientoverde. Mas ¿qué informes habían de darle respecto á elegancias aquellos sabios apolillados, que alguno de ellos llevaba levita con faldón de cañones como en los tiempos de Calomarde? A las tímidas preguntas del vizconde unos se encogían de hombros, no sabiendo qué contestar; otros le preguntaban á su vez: «¡Remangados los pantalones en tiempo seco! ¿Está usted seguro de haberlo visto?» Y los más le miraban con curiosidad, quizá diciéndose para sí:

«¡A que este provinciano se ha *chiflado* en Madrid!»



La estatua de Marat, obra del escultor Baffier, recientemente retirada del parque de Montsouris (París)

VI

Aquel mes de mayo, con motivo de las fiestas de San Isidro y del Ayuntamiento, hubo un aluvión de corridas de toros, y el vizconde, viendo siempre pantalones remangados, se cebaba más y más en su obsesión. Una tarde, un periodista á quien había tratado en su ciudad natal y que ocupaba un asiento de primera fila de tendido, hablaba, durante un arrastre, con el duque de A... El vizconde sintió un rayo de esperanza que iluminaba los obscuros limbos de su imaginación, y al otro arrastre pidió al hombre de letras que le presentara al duque.

«El señor duque de A...»

«El señor vizconde de la Sorpresa.»

La presentación estaba hecha.

Sin embargo, el vizconde reprimió su impaciencia: varias veces asomó á sus labios una interrogación; pero el aspecto frío, aunque cortés, del duque, le contenía. Por último, á la corrida siguiente no pudo más, buscó ocasión oportuna y preguntó al duque:

– Señor duque, ¿por qué se remanga usted los pantalones?

El duque le miró atentamente. Luego volviéndose hacia sus cómplices de remangamiento, contestó con acento indefinible y misterioso:

– No puedo responder á su pregunta: es un secreto.

¡Un secreto! Sí, un secreto debía ser aquel crimen de lesa elegancia. Porque el vizconde no podía persuadirse de que un pantalón remangado fuese más elegante que cayendo naturalmente sobre el pie. ¡Un secreto! Acaso aquellos jóvenes pertenecían á alguna sociedad secreta; pero bien podían haber elegido otro signo para reconocerse: no, al vizconde le decía el corazón que el misterio consistía en otra cosa. A la corrida siguiente, notó que la pléyade de los pantalones le miraba sonriendo y cuchicheando. Estuvo á punto de desafiarles á todos, mas se contuvo.

Pero á la *loca de la casa* no la contiene nadie. El vizconde se sumergió en una cavilación perpetua. El, el sagaz investigador de la elegancia, tropezaba con una abstracción indefinible. Nunca había sacrificado á ciegas en el altar de la moda, y por tanto jamás quiso remangarse el pantalón. «No, se decía á sí propio, mientras desconozca la causa rechazo el efecto; ¡no, y mil veces no!»

Una mañana, estando todavía acostado, puso en conmoción al hotel en que se hospedaba, gritando: «¡Pantalones, pantalones!» Acudió el camarero de su cuarto, y luego otros y después el dueño del hotel y varios huéspedes, porque el vizconde se revolvía en la cama delirando. Vino un médico y declaró que aquél tenía ataque cerebral á consecuencia de insolación.

Sí, insolación de pantalones.

Y yo que he tratado al vizconde en Madrid, y que hace poco he estado en su ciudad natal, me he convencido de la falibilidad de los juicios humanos. Sus paisanos siguen creyendo que ha muerto de la vida de la corte: abrumado de obsequios, orgías y aventuras amorosas. No he querido tratar de desengañarles. ¿Para qué? Lo único positivo en la vida son las ilusiones.

Confieso que también á mí me ha sorprendido mucho el *remangamiento* de pantalones en personas á quienes menos debe importar el conservarlos; pero mi sorpresa no ha sido tan funesta como la del vizconde de la *ídem*.

Ya se ve; ¡como no soy vizconde!

F. MORENO GODINO

SECCIÓN AMERICANA

LEONCIO PRADO

(PERFILES PERUANOS)

Nadie que lea el apellido de este valiente, dejará de recordar cómo alguien, con más ligereza que buena intención, pretendió echar sobre la frente del noble americano la mancha de un crimen horrendo.

Recuérdese el proceso de aquel famoso Prado, asesino de María Aeguetan, y á la mente del lector vendrá sin gran esfuerzo aquella noticia que velozmente rodó por los periódicos de Europa afirmando que el anónimo criminal era nada menos que un hijo del general Mariano Ignacio Prado, ex presidente de la República Peruana.

Cúpome entonces la suerte de desmentirlo con la energía con que las calumnias deben ser atajadas, y hoy, después de dos años, tomo de nuevo la pluma para presentar á la faz de aquellos que tal dijeron la figura gloriosa del calumniado, envuelta entre celajes luminosos, entrando en el templo de la inmortalidad.

Leoncio Prado fué hijo natural de D. Mariano Ignacio, general que subió por vez primera á la silla presidencial por medio de una revolución hecha al general Pezet, á la sazón de las diferencias surgidas entre España y el Pacífico el año 1866.

El pueblo peruano creyó ver tolerancia en el gobierno Pezet, y levantó al caudillo popular elevándolo á la presidencia con todos los entusiasmos que inspira un general joven y apuesto que encarna los ideales de las masas.

Le conocí algunos años más tarde; era por segunda vez presidente, y lo era constitucional, como Dios manda. Le he juzgado siempre bueno y honrado, porque los errores ó las desgracias no pueden jamás tenerse por deshonra. En su patria nadie le quiere mal: no ha hecho daños, y cuando más, dicen sin encono que ha tenido poca fortuna en los comienzos de la guerra con Chile.

Napoleón llegó á Santa Elena por el camino que conduce á la gloria.

¡Qué gran ejemplo! Y sin embargo, era Napoleón.

Educado Leoncio lejos de la fastuosa morada de su padre, morada embellecida por la presencia de una esposa joven, hermosa y elegantísima, creóse una naturaleza indómita, más dada á la guerra que á la paz, impetuosa para precipitarse en la defensa de lo que él llamaba derechos de la humanidad y del hombre libre.

El general cuando oía contar una proeza de su hijo, «es un loco» decía.

Vino á Europa; regresó al Nuevo Mundo y en todas partes dejó memoria de su paso; pero no una memoria triste y deshonrosa; por el contrario, era el Tenorio enamorado de lo que, bien ó mal tenido, tenía por grande y por sagrado.

Su fama de valiente extendíase ya del uno al otro mundo.

El primer grito de insurrección cubana soliviantó su espíritu guerrero. Conocidos son sus actos de temeridad, que yo no debo juzgar en uno ni en otro sentido: estáme vedado ese terreno, y por nada del mundo consentiré en meter mis yuntas en heredad ajena.

Dejemos, pues, á Leoncio Prado en sus correrías de muchacho; dejémosle también persiguiendo los ideales de un mozo aguerrido, cuyas viriles energías fue-



PLATICA DE COMADRES, cuadro de F. du Puigandeau, grabado por **Baude**. (Exposición del Campo de Marte, París.)



ENTRE FLORES, cuadro de E. Tondouze, grabado por Baude. (Salón de París.)

ron creadas para la lucha del hombre con el hombre, y no para las degradantes batallas que libra la humanidad con las pasiones.

Tomémosle en los instantes que lleno de vida, de entusiasmo patriótico, de sed de gloria, se refugia en la sierra del Perú, desconociendo al gobierno que había pactado treguas con los enemigos y protestando de los tratados de paz.

Levantáronse por entonces *montoneras*, lo que aquí llamaríamos guerrillas á lo Mina, y después de hostilizar á los chilenos, haciéndoles proseguir una campaña penosísima, hízose necesario el último de los sangrientos encuentros que en aquella funesta guerra hubo.

Los vencedores cantaron himnos de gloria á los vencidos; es cuanto decirse puede en honor de los que perecieron.

Leoncio Prado era coronel.

Para el que no sepa lo que es una guerra de *montoneros* diré dos palabras que aclaren algo el sentido del adjetivo.

La *montonera* se compone de un pelotón de tropas irregulares, sin uniforme, sin dinero, con armas de todos los sistemas y de todos los calibres, que vive como puede, pasando privaciones, hambre, sed, y expuesta á los rigores de la intemperie. Los *montoneros* son nuestros patriotas de la Independencia; mezcla de militares y agricultores, de indios y mulatos, de cholos y blancos, de aristócratas y descamisados, pero siempre un grupo de valientes, exaltados por el patriotismo ó por una idea que suponen redentora para el pueblo. El *montonero* trepa los Andes, se guarece tras los grandes picachos, y cuando no tiene armas ó de ellas no puede hacer uso, espía el paso del enemigo para despeñar las enormes galgas que bajan imponentes sembrando el espanto entre los perseguidores y haciéndoles las más veces infinitos destrozos.

El *montonero*, que saquea pueblos y roba caballos y echa mano de cuanto encuentra para continuar la campaña y atraer proselitos á la causa que defiende, va dejando tras de sí recibo de cuanto indebidamente toma para que en su día sean satisfechas á los perjudicados las cantidades y las bestias robadas.

Las tropas que Prado y otros jefes del ejército acaudillaban estaban calificadas de *montoneras*.

Los enemigos no daban, pues, cuartel á los prisioneros; los peruanos jugaban la vida sin remisión: vencer ó morir; he allí el dilema.

Por algo dijo un distinguido periodista chileno, mi antiguo amigo Raimundo Valenzuela, que el Perú había tenido en la batalla de Huamachuco «heroísmos probados y glorias que deben esculpirse en el bronce.»

La suerte de las armas peruanas no había dejado de ser fatal, y la célebre batalla fué un nuevo desastre material para el Perú ya exánime. Cien nombres que aquella jornada hizo gloriosos pasaron del campo de batalla al campo de la historia escritos con sangre en las páginas épicas de este siglo.

Entre los hijos de los incas batidos y destrozados había sonado el «sálvese quien pueda» de la derrota.

El jefe chileno coronel Gorostiaga prometió á sus soldados abonarles cincuenta *centavos* por cada rifle y dos pesos por cada cañón encontrado en el campo enemigo.

«En esta rebusca de hormiga, dice Valenzuela, se encontró á Prado.»

Había recibido Leoncio una bala en una pierna y la tenía destrozada.

Le condujeron al cuartel general de Huamachuco y fueron dadas inmediatamente las órdenes para fusilarlo.

Día y medio estuvo en capilla.

Ni por un instante decayó su buen humor; y conversaba con los oficiales que le custodiaban como si de compatriotas suyos se tratase. ¡Oh! Yo estoy segura: entre aquellos militares había muchos que en otro tiempo sintieran admiración por el hijo del general Prado y que hubieran querido conservar su generosa existencia.

Pero las órdenes militares son inexorables.

El coronel Prado pidió con energía que se le fusilase en la plaza de Huamachuco con los honores de su grado; pero el jefe chileno negó esta petición que hubiera sido tanto como reconocer beligerancia en los que se tenían por *montoneros*.

Entonces se conformó con que lo fusilasen en la cama para evitarse las molestias que le producían sus heridas: le fué concedido.

Llegados los últimos momentos de su azarosa existencia y elevado su espíritu á las más serenas regiones del patriotismo exaltado, preguntó sonriendo al oficial que mandaba los tiradores á qué hora pensaba despacharlo para el otro mundo.

– Dentro de pocos minutos, le contestó.

– Voy á pedirle á usted una gracia: que me permita mandar la fuerza.

– Concedido.

Había pedido una taza de café, que encontraba exquisito.

– Hacía mucho tiempo, dijo, que no tomaba café tan rico.

Los chilenos le miraban asombrados de valor tan sereno. ¿Quién no tiembla en los últimos instantes de su vida?

– Al concluir de saborear esta taza de café, añadió, que midan los puntos, y al dar yo un golpe con la cucharilla en el *pocillo* (tacita) que disparen.

– Así se hará, contestó el oficial.

Con la tranquilidad del justo y del héroe sorbió el líquido sin que el pulso le temblase, sin que ni la mirada ni el semblante revelasen emoción alguna. Apuró hasta el residuo de aquel cáliz que para otro hombre que Prado no fuese hubiera tenido el amarguísimo dejo del dolor y las repulsivas hieles del espanto; y con entereza, con la mirada serena, el pulso firme y la fisonomía iluminada por gloriosos reflejos, dió el golpe con la cucharilla en la taza; golpe que debió sonar lúgubre en los oídos de los cuatro soldados, que instantáneamente y con aterradora precisión abrieron á Leoncio Prado las puertas de la inmortalidad.

Aquí tenéis, lectores, el hombre al cual imprudentemente acusó Europa de haber asesinado á una desgraciada para robarla el fruto de su deshonra.

Cuando esto se dijo en París, el alma de Leoncio Prado debió rugir como fiera enjaulada en el etéreo recinto que le sirve de cárcel eterna.

¡Que Dios perdone á los calumniadores!

EVA CANEL

NUESTROS GRABADOS

Don Jaime el Conquistador, busto en barro cocido de D. Rafael Atché. De fotografía directa de los Sres. Joaristi y Mariezcurrena. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1891.) – Rafael Atché es uno de los artistas que descuellan entre la ya numerosa pléyade de escultores. Joven y en un breve período de tiempo ha logrado tan señalados triunfos y dado tan gallardas muestras de sus aptitudes y genialidad, que su nombre figura dignamente confundido con el de los artistas que honran á España y á Cataluña. De hermosa fantasía, sorprenden sus obras por el sello especial que en ellas imprime, por un algo de bello y grande que acusa su alma de artista y su imaginación de poeta. Cultiva el arte con entusiasmo, y como siente y se identifica con sus creaciones, modela con soltura, con valentía, con la grandiosidad del verdadero arte, del que lo es por excelencia y á todos supera, produciendo obras tan admirables y tan geniales como *El mal ladrón*, que tanto sorprendió en una de las últimas Exposiciones de Bellas Artes, por más que el elemento académico, sujeto á los antiguos moldes, no se detuviera á analizar cual merecía la significación de aquel profundo estudio del dolor físico y moral, de las torturas de la materia y de la ira. *El mal ladrón* es la genuina representación del arte moderno, y la obra de Atché en que mejor representado se halla su ingenio y varonil esfuerzo.

El precioso busto de D. Jaime I de Aragón, el monarca legendario, representado en el ocaso de su vida, agobiado por el peso de los años y de sus glorias, pero no abatido su batallador espíritu, es otra obra notable de este distinguido artista, en la que se admira su franco y clásico modelado, y una de las obras que más han de llamar la atención de los inteligentes en el Certamen. La estatua de Cristóbal Colón, que corona el monumento que Barcelona levantó al ilustre navegante, pregona otro triunfo de Atché, puesto que fué ganado en público concurso.

***

¡Huérfana!, cuadro de D. Ricardo Brugada. – Ricardo Brugada es joven, y está, por ende, en los comienzos de la carrera del arte. Pero no por ser corta deja de ser brillante su historia artística, y algunos de sus cuadros adornan más de un aristocrático salón de esta capital y de la corte.

Ha sido discípulo de nuestra Academia de Bellas Artes y ha recibido además, con gran aprovechamiento, lecciones del celebrado pintor y consumado maestro D. Antonio Caba. En la Academia ha obtenido todas las distinciones honoríficas en las clases de dibujo, pintura, composición, anatomía, estética é historia de las Bellas Artes.

¡Huérfana! es un resultado halagüeño y satisfactorio de estos estudios tan á conciencia hechos. Adviértese en el cuadro el talento del artista que compone con sobriedad, pinta con soltura y corrección y siente profundamente el asunto que al lienzo traslada.

Cualidades son éstas que permiten esperar para nuestro distinguido paisano un porvenir hermoso, tanto más, cuanto que Brugada, convencido de que sólo merced al constante estudio y á la aplicación asidua acaban bien los que bien empiezan, ajusta estrictamente su conducta á esta regla, que es la más segura para alcanzar honra y provecho.

***

Futuros lobos marinos, cuadro de D. José Ferrer y Pallejá. – En el número 477 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y con motivo de su cuadro *El toque de oración*, dijimos algo del joven pintor catalán cuyo es el lienzo que hoy reproducimos. Aunque de un género distinto de aquél, denota éste las mismas cualidades que entonces elogiamos en el señor Ferrer y Pallejá y aun quizás en algo le aventaja: la nota del sentimiento aparece más débil por la índole misma del asunto; pero en cambio destácase con más fuerza el artista, hábil imitador de la naturaleza, que ha sabido tratar con acierto el mar con su dilatado horizonte y su lisa superficie cortada por pequeñas barcas, y la arenosa playa cuya monotonía rompen con sus graciosas figuras los dos pilluelos de playa que andando el tiempo llegarán á ser dos lobos de mar, si la afición no se tuerce y el hilo de la vida no se quiebra.

***

Joven argelina, cuadro de D. Ramón Tusquets. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. 1891). – Por los cuadros que del Sr. Tusquets hemos reproducido en distintos números de esta ILUSTRACIÓN puede juzgarse de cuán merecido es el universal renombre que ha sabido conquistarse el afamado pintor catalán. Cultivador con éxito siempre igual de todos los géneros, domina por completo los recursos y procedimientos artísticos á cada uno de ellos propio; y así, sus paisajes respiran poesía; sus flores ostentan en toda su brillantez la vida y los colores; sus cuadros de historia y de género tienen aquéllos toda la amplitud y grandiosidad que en obras de tal índole se exige y revelan éstos tesoros de sentimiento, y en todas sus figuras resplandecen esos destellos de vida que sólo el genio sabe infundir en la materia inanimada.

La *Joven argelina* que hoy publicamos es prueba elocuente de que no pecan de exagerados nuestros elogios. Mírese ese rostro hermoso de marcadas facciones, ese busto de combas perfectas sobre el cual cae en sedosos rizos una espesa y negra cabellera, ese cuerpo esbelto envuelto en ricas telas de brillantes colores y adornado con ricas joyas, el conjunto, en fin, de esa figura interesante, y dígase si quien tal ha hecho no tiene muy merecido el eminente puesto que en el mundo del arte ocupa.

***

La estatua de Marat, obra de Baffier, recientemente retirada del parque de Montsouris, París. – En el Salón de París del año 1883, el escultor Baffier expuso el modelo en yeso de esta escultura, obteniendo por ella una medalla de tercera clase; en el de 1885 reapareció esta obra, fundida ya en bronce, adquiriéndola entonces por 5.000 pesetas el Ayuntamiento de aquella capital, que la hizo colocar en el parque de Montsouris.

En el mes de febrero último, el senador M. Fresneau, á propósito de una interpelación sobre la administración municipal, llamó la atención del gobierno sobre la existencia de un monumento que consagraba la memoria del terrible revolucionario, poniendo al antiguo proveedor de la guillotina al nivel de los hombres que se han distinguido por sus virtudes ó por sus hechos gloriosos. A consecuencia de esta observación, y teniendo además en cuenta que ningún decreto había aprobado la erección del monumento, la estatua ha sido retirada y trasladada á los almacenes de la Villa.

La obra de Baffier produce cierta impresión de tristeza; en ella Marat está representado escribiendo, sentado en su bañera, apenas indicada por el artista; desnudos el busto y los pies, cubierto el resto del cuerpo en miserable manta y atado á la cabeza el célebre pañuelo que nunca abandonaba, ni siquiera para asistir á las sesiones de la Convención. Su rostro pensativo lleva impresa la huella de grandes tormentos; las arrugas que lo surcan acusan las vigilias, las privaciones, un cerebro en continua y vertiginosa actividad y el carácter envidioso é irascible que la historia atribuye al *amigo del pueblo*.

***

Plática de comadres, cuadro de F. du Puigaudeau, grabado por Baude (Salón de París). – Este cuadro, de asunto sencillo, pero no por esto menos interesante desde el punto de vista artístico, llamó con justicia la atención de los visitantes de la última Exposición del Campo de Marte celebrada en París. En este lienzo, lleno de carácter, el pintor ha sabido sacar gran partido de una escena por demás vulgar realzándola con una ejecución original en extremo. La acertada colocación de ese grupo de comadres escuchando la narración de los sucesos del día, que la más ágil ó más entrometida ha ido recogiendo por la aldea en su cotidiana excursión, para luego vaciar en agradable tertulia el saco de noticias aquí y allí sorprendidas; las fisonomías y las actitudes de la *reporter* y de sus oyentes; el conjunto de detalles tan felizmente combinados y el mismo color de la pintura toda, sombrío en el fondo y con algunos bien entendidos toques de luz viva, producen la impresión de los mejores cuadros de los antiguos maestros holandeses ó flamencos, cuyas cualidades más salientes ha sabido, no sólo estudiar concienzudamente, sino en cierto modo apropiarse el joven y ya célebre pintor francés M. Puigaudeau.

***

Entre flores, cuadro de E. Tondouze, grabado por Baude (Salón de París). – A pesar de ser tantas y tan variadas las formas con que los poetas han descrito y los artistas reproducido las bellezas de la primavera, Tondouze ha sabido dar novedad á tan explotado asunto ofreciendo á nuestras miradas una original pintura tan sencilla y tan simpática, que á la vista de *Entre flores* se confirma la creencia de que para el verdadero artista no hay temas gastados y de que lo realmente bello admite variedad infinita de manifestaciones, todas igualmente propias para impresionar gratamente nuestro ánimo.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD

(CONCLUSIÓN)

»No me permito juzgarle en este punto, y no por ello le reverencio ni le aprecio menos. A decir verdad, no es *irreligioso*, pues no solamente se distingue por su rectitud, sino también por su generosidad, exenta de egoísmo, hasta un punto que me arranca lágrimas cuando pienso en sus bondades para mí y para aquel que hemos perdido. Mi padre, cuya fe era tan firme y tan pura como el cristal de roca, decía siempre: «No hay motivo alguno para inquietarse sobre la indiferencia de Conrado respecto á los dogmas de la Iglesia; en vez de censurar su falta de convicciones religiosas, deberíamos agradecerle que haya sustituído las creencias que su conciencia no le permite profesar con una fidelidad tan estricta á todos los deberes que su noble y severo carácter le imponen. Dejadle en paz, pues nada temo del porvenir. Día llegará seguramente en que el amor, ese soberano que á todos domina, penetrará en el corazón de mi hijo; entonces la venda caerá de sus ojos y sus manos se unirán involuntariamente para elevar una oración, sin necesidad de ningún impulso exterior.»

. . . .

Antes de dar por terminada esta parte de mi relato, reproduciré un último extracto de la correspondencia de Julieta.

JULIETA Á TERESA

«Conrado ha sido causa de que recibiéramos un gran susto; esta vez mi madre estaba con nosotros, aunque por fortuna no vió sino un accidente en lo que ha ocurrido; pero mis pensamientos iban más lejos y me espanté mucho. Este suceso, no obstante, nos ha preservado de una muerte espantosa y veo en él la mano de la Providencia, que á menudo se sirve del mal para el triunfo del bien.

»Como la tarde era hermosa y templada, Conrado nos invitó á ir en el coche pequeño al molino antiguo, situado cerca del sitio que llaman Roca del Gigante.

»Nos acompañaba á caballo, manteniéndose tan pronto junto á nosotras como adelantándose en dirección al lugar donde nos había prometido una agradable sorpresa.

»Debo advertirte que Conrado, con una habilidad y un gusto extraordinarios, ha sabido hallar medio de incluir los sitios más hermosos de Larnstein en el recinto mismo del parque. Los antiguos caminos de herradura, tan secos y áridos, se han suprimido ó transformado completamente y ahora serpentean á través de los tallares, prolongándose á veces entre espesas masas de follaje, ó formando en las pendientes largas avenidas cubiertas de verdor, al cabo de las cuales se ven de improviso deliciosas perspectivas.

»Después de seguir todas estas vueltas y revueltas en el espacio de cerca de una legua, llegamos inopinadamente á un punto desde donde se veía el molino antiguo, completamente nuevo para mí, sin observar que los árboles, á cada lado del camino, habían sido reemplazados por una alta terraza cubierta de césped y como suspendida sobre el barranco. Era un espectáculo tan imprevisto como encantador: á la derecha elevábase bruscamente la Roca del Gigante, árida y desnuda; una inmensa nube parecía haber fijado en la cima su blanca masa, y la gran mole que se destacaba en plena luz parecía comunicar, por un efecto de óptica, más altura al cielo mismo, que tenía entonces un color azul íntimo. Una sombra violácea parecía cubrir como con un velo transparente la mitad del barranco que se veía á nuestros pies, mientras el sol doraba las pendientes opuestas.

Muy abajo, en las profundidades del valle, veíamos el molino antiguo, que parecía sepultado entre las rocas húmedas del río; el rumor del agua que caía y el ligero rechinar de la rueda del molino era lo único que interrumpía el silencio en aquellos lugares.

Y sobre este cuadro un pequeño arco iris aparecía á intervalos.

Yo me había recostado en el coche, distraída en vagos pensamientos, y para mí tenía algo de dulce y melancólico el silencio de aquel día de otoño. La escena que acabábamos de admirar hízome fijar la atención en Conrado, porque era el autor de todo aquello. Avanzaba lentamente al paso de su montura, un poco delante de nosotros, y yo miraba su silueta aristocrática. En la confluencia del antiguo camino de herradura con el nuevo hay un poste indicador; desde lejos veíamos su largo brazo tendido hacia nosotros, cual si nos intimase á retroceder, ó por lo menos así lo imaginé más tarde. Conrado se hallaba frente á dicho poste, é iba á franquear el recodo del camino, cuando de pronto profirió un agudo grito y le vi alzar los brazos, poniéndose una mano sobre los ojos.

»Vaciló en su silla y echóse hacia atrás, como si una bala le hubiera atravesado el corazón; un momento después hallábase tendido en tierra, insensible al parecer. Saltamos del coche para correr en su auxilio, y en el mismo instante el lacayo que nos seguía nos alcanzó y apeóse del caballo.

»Nos inclinábamos sobre Conrado para examinarle, cuando un ruido espantoso, resonando cerca de nosotras, nos estremeció: á unos cien metros del sitio en que nos hallábamos, un enorme fragmento de roca, rodeado de una nube de blanco polvo, se había derrumbado rodando hasta el camino y cerraba el paso á que debíamos llegar muy pronto. Las yeguas se asustaron y huyeron precipitadamente hacia el castillo; pero como el coche volcara, los cuadrúpedos no pudieron correr y el cochero los detuvo sin dificultad.

»Durante todo este tiempo, solamente nos ocupábamos de Conrado; pronto volvió en sí, y excepto yo nadie pudo sospechar la verdadera causa de su caída; habiendo presenciado ya más de una de aquellas crisis, no podía dudar sobre la naturaleza de la que entonces observaba.

»Conrado, á Dios gracias, no estaba herido, y todo se redujo al susto.

»Antes que el lacayo volviera con otro coche, pudimos explicarnos las causas de aquel desprendimiento de la roca: el muro que hay á la derecha, á lo largo del camino nuevo, es de reciente construcción; los trabajadores no le habían dado el punto de apoyo suficiente y habíase hundido, arrastrando en su caída una porción de la misma roca, precisamente en el momento en que, á no ser por el accidente de Conrado, íbamos á pasar todos por allí. Para nosotros era una muerte segura, y acabábamos de evitarla casi milagrosamente.»

. . . .

Inútil es añadir nada á los anteriores extractos, pues bastan para demostrar hasta qué punto el estado de aquel infeliz había llegado á ser doloroso.

Por más que luchase con toda la energía posible, hallábase bajo el dominio de una fuerza cuya acción inexorable era invisible para todos aquellos que le rodeaban, y en la cual rehusaba creer. En vano se esforzaba para convencerse él mismo de que aquellas apariciones no eran reales: ¡la mano estaba siempre allí!

La amatista espectral, en aquella mano que no pertenecía ya al mundo de los vivos, seguía apareciéndosele y lanzando sobre él sus corrosivos rayos; mas esto no era continuo; muy por el contrario, cuando se había preparado para ver el anillo fatal, cuando deseaba que apareciese, toda la fuerza de su imaginación no bastaba para atraerlo. Con frecuencia lo había intentado, porque se figuraba que si le era posible conseguir su objeto, el encanto quedaría roto, y así estaba seguro de que el espectro evocado por la fuerza de su voluntad se alejaría en virtud del mismo poder.

Frustrada su tentativa, esperó durante algún tiempo que al menos podría acostumbrarse al fantasma que no podía evocar ni rechazar, y que así le sería dado triunfar de sus terrores... Trabajó mucho para familiarizarse con esta idea, pero todo fué tiempo perdido. A pesar de hallarse en el pleno goce de una salud robusta y orgulloso de su fuerza intelectual, cuando imaginaba que la última aparición no era sino el vago recuerdo de un sueño en parte olvidado, de improviso, por las vías más desconocidas y con una significación creciente, *presentábase* á sus ojos.

En medio de los más sangrientos combates había visto aquella mano de espectro desviar la carabina levantada al nivel de su cabeza; y en los bosques de Larnstein, cuando ninguna cosa indicaba la muerte infalible de que no habría podido escapar sin aquella misteriosa intervención, habíale ésta advertido, desde un simple poste, que debía retroceder. En la partida de ajedrez, en fin, á la que su extraña superstición había dado una significación simbólica, en el instante mismo en que se jactaba de que Julieta no podría escapársele, el espectro contrarrestó su juego, indicándole así que podía burlar sus planes.

¿Llevaría á cabo su amenaza la horrible visión? ¿No se presentaría á nadie más que á él, ó se manifestaría igualmente á otros en una época más lejana?... Tales eran las dudas que de continuo le asaltaban, y vivía ansioso, febril, fluctuando entre las más locas esperanzas y los más exagerados terrores. Había hecho laboriosamente para sí mismo toda una serie de leyes interiores, y en este sistema, las relaciones entre la causa y el efecto eran tan íntimas, que no dejaban lugar alguno para la inacción en la cadena de las consecuencias. Según este sistema, solamente la acción tenía eficacia, y sin ella, la causalidad no podía producirse. La cosa *no ejecutada* no existía, y ningún efecto se podía atribuir á lo que no tenía de por sí existencia alguna.

He aquí por qué la inscripción del anillo egipcio había fascinado tan poderosamente su imaginación: parecíale que la tesis inventada por él había surgido de la tumba fortalecida por la autoridad de veinte siglos; y según este mismo principio había examinado tan prudentemente toda manifestación interior de su voluntad, pesando con tanto cuidado cada una de sus acciones.

Resumía toda su responsabilidad moral en esta ecuación: la suma de responsabilidad es igual á la suma de acción. En todo tiempo y en todas las cosas había mostrado una constancia inflexible en la estricta observancia de su propia ley, sin hacer á ella la menor oposición ni eludir sus preceptos y sin retroceder nunca ante el deber que le dictaba. Largo tiempo había buscado la paz bajo la égida de esta ley protectora, y ahora se aferraba con toda la energía de la desesperación á la seguridad que de ella obtenía. Gracias á este sistema, observado con una convicción inquebrantable y la más continua tenacidad, no se había debilitado nunca ni reconocido la necesidad de un auxilio extraño. Nada pudo conducirle jamás á humillarse á sus propios ojos; no le era posible hacerlo, ni lo osaba tampoco; su sistema no le dejaba medio alguno para levantarse después de una caída; no admitía la debilidad, y de consiguiente no dejaba lugar alguno de perdón.

A cada lado de la línea trazada tan claramente por su estrecha ley todo era caos; un poco más allá de su pulgada de tierra firme hallábase el abismo; toda mediación se hacía imposible allí donde no existía intermediario. El Cristo misericordioso estaba reemplazado en la cima de esta severa religión por una necesidad execrable, y no era aquella mano la de un Dios compasivo, sino la mano implacable de Seb Kronos.

X

SILBERBLICK

El día fijado para el casamiento de Conrado y Julieta amaneció sin nubes: la ceremonia debía celebrarse en la capilla del castillo, sin más testigos que algunos amigos de la familia.

Hacía largo tiempo que Conrado esperaba este instante, presintiendo que sería decisivo en su vida, y muchas señales precursoras habíanle anunciado ya la aparición del espectro. Arraigada en su ánimo la certidumbre de que se presentaría, habíase esforzado para prepararse á este choque terrible, que no era imprevisto, aunque no podía calcular el momento exacto en que se produciría.

Pero no pidió al cielo ni al infierno el valor nece-

sario para aquella lucha suprema, y cuando al fin se creyó dueño de sí mismo, fué á buscar á su prometida.

Todos cuantos han visitado las minas de plata de Freiburgo ó del Hartz han podido observar el admirable y fugitivo fenómeno que sobreviene cuando se practica la operación de fundir el material y que los mineros llaman *Silberblick*.

Cuando el metal recalentado llega al estado líquido y se pone en contacto con el aire, emite una iridescencia momentánea de vivos colores que brillan en rápido movimiento, debiéndose el fenómeno á la aleación impura que bajo una nube blanquizca combínase de repente con una porción del oxígeno de la atmósfera. Mientras esto dura, la masa fundida es arrastrada en un movimiento de rotación y produce los tintes más brillantes; pero aquél cesa de repente, y la superficie metálica, perdiendo su lustre, queda del todo opaca. Entonces sobreviene otro cambio, y es que la opacidad de esta superficie queda límpida y tersa como la plata; bajo la influencia de un calor interno, todas las partículas de materia extraña se han disipado, pero dejando en el fondo del crisol la huella de su paso, es decir, una manchita negra á la cual se da el nombre de *Silberblick*.

La sonrisa que animaba el rostro de Conrado cuando estuvo con su prometida cerca del altar recordaba también al *Silberblick*.

Sus pensamientos no estaban en el santuario; esperaba al espectro, y armábase para un combate sobrenatural; adivinaba que iba á presentarse; por primera vez sentíase capaz de empeñar la lucha, y desafiaba silenciosamente al mundo entero de los espíritus á desvanecer la sonrisa de sus labios. Sus sentidos, siempre alerta, exploraban en todas direcciones para observar los movimientos del fantasma enemigo, pues tenía confianza en su fuerza para resistir al ataque, con tal de que estuviese advertido á tiempo de su aproximación; en tal caso el espectro sería batido antes de que pudiese entrar en liza. Entretanto la ceremonia nupcial se efectuaba con solemne pompa; era llegado el momento de la bendición, y el sacerdote intimaba á los futuros esposos á unir las manos.

Reuniendo todas sus fuerzas y alineándolas en orden de batalla, Conrado sondeó una vez más con sus ojos todos los ángulos y rincones de la capilla; esta inspección, aunque rápida, fué minuciosa y completa, y el resultado tranquilizador. Sin embargo, allí donde se podía ocultar una sombra ó deslizarse furtivamente el más débil rayo de luz, detrás de cada columna y á lo largo de cada pared, su vista espiaba de continuo; su mirada quería penetar en cada grieta, sondear en la más pequeña abertura, explorar el más leve resplandor, siguiendo los átomos de polvo que se movían en un rayo de sol... ¡El campo estaba libre!...

Conrado alargó atrevidamente la mano para enlazarla con la de Julieta en una eterna unión... ¡El espectro estaba allí!... ¡El espectro había cumplido su palabra!... ¡Sí, crispándose sobre la mano de Julieta, vió la de su hermano, la de Félix!...

El desgraciado trató de desprender los dedos del muerto de los de la desposada; mas no pudo... ¡La amatista se lo impedía!... Y en el profundo silencio de su alma angustiada, á través de todos los recuerdos de su atribulada existencia, parecióle oir muy pronto voces que se elevaban, resonando con el estrépito del trueno; voces fatales y amenazadoras que repetían: «No luches, no, contra la mano de Seb Kronos.!»

Su voluntad se rebeló contra la decisión del oráculo, y haciendo el último desesperado esfuerzo, quiso reunir sus fuerzas físicas é intelectuales, pero estaban paralizadas y no respondieron á su llamamiento.

El sacerdote levantó la mano para dar la bendición nupcial, y los labios de Conrado pronunciaron maquinalmente el juramento exigido; pero hablaban por otro, y este otro era un muerto.

La ceremonia había terminado, y á los ojos de todo el mundo, que no puede ver más allá de las apariencias, Conrado y Julieta eran esposos. Había cumplido valerosamente la palabra que á sí mismo se dió, no retrocediendo un paso; pero sabía muy bien que no estaba concluído todo. La sangre hervía en su cráneo, y aunque era dueño de sí mismo, preveía la inminente aproximación de alguna espantosa catástrofe. Gracias á una triste experiencia, hasta podía calcular el número exacto de los momentos lúcidos de que aún le era dado disponer.

Acompañó á su joven esposa á la sala del banquete, y recibió tranquilo y sereno las felicitaciones de los convidados reunidos allí. Después de cumplir este deber de urbanidad, retiróse tranquilamente.

Entonces, haciendo una señal á su ayuda de cámara para que le siguiera, Conrado volvió á sus habitaciones, que estaban en la extremidad de la casa.

– Vete al instante, dijo á su criado, y trae de las cuadras y del jardín cuatro hombres de los más vigorosos y corpulentos, te doy nueve minutos para encontrarlos, y adviérteles que han de venir provistos de muchas cuerdas, las más fuertes que encuentren. ¡Despacha!

El ayuda de cámara estaba acostumbrado á obedecer prontamente y sin réplica las órdenes de su señor; y si Conrado le hubiera dicho que fuese á buscar cuatro verdugos y cuatro cuerdas para ahorcarse, habría procurado complacerle de la mejor manera posible. En menos de diez minutos estuvo de vuelta con lo que se le pedía.

El conde, de pie junto al lecho, mandó á su criado cerrar la puerta con llave, como así se hizo. El lecho de aquél era un mueble antiguo, adornado de ricas esculturas y espeso cortinaje; Conrado oprimía con su brazo derecho uno de los macizos pilares que sostenían el pabellón, y su rostro estaba lívido.

– ¡Atadme pronto, exclamó, aquí... las manos y los pies! ¡Daos prisa!

Estas palabras fueron pronunciadas con voz ronca, pues tenía los labios casi cerrados y parecía respirar con dificultad.

Los criados le miraban mudos de asombro; ya no abría los labios, respiraba por la nariz; pero sus ojos, de mirada feroz en aquel momento, hablaban con una expresión mezclada de súplicas y amenazas.

Los hombres vacilaron aún; entonces el lecho crujió de una manera extraña, y de repente una de las grandes columnas, arrancada con violencia de su zócalo, cayó contra un espejo grande, haciéndole añicos; un momento después, el pabellón caía también con espantoso estrépito.

Ya se había roto el dique.

Solamente después de una prolongada y furiosa lucha consiguieron al fin los cuatro atletas sujetar al loco; entonces les fué posible atarlo con las cuerdas que llevaban, y echáronle en el lecho en desorden, sin aliento y desfallecido.

Las habitaciones del conde ocupaban el ala menos frecuentada del cuadrilátero. El criado sabía que á través de las dobles puertas que acababa de cerrar con llave no podía llegar ningún sonido á las otras partes de la casa. Su infeliz señor debía haber contado con ello en sus últimos momentos de lucidez; pero antes de que se retiraran sus cuatro subordinados, exigióles el secreto más absoluto sobre los hechos que acababan de presenciar. Después fué á buscar á la condesa.

Julieta se había retirado también de la sala del banquete con su amiga Teresa, y el ayuda de cámara encontró á las dos damas sentadas en el canapé, en el gabinete de su señora, hablando en voz baja.

– A la verdad, querida amiga, decía Julieta, largo tiempo me he preguntado si era justo y conveniente obrar como lo he hecho, y me consuela pensar que á Félix debo no haber rechazado la demanda de un hermano que tanto le quería y que con tanta sinceridad llora su muerte. Yo acostumbraba á decirte «que los tres no eramos más que uno,» y ahora lo repito y lo creo así. Cuando Conrado se presentó á mí esta mañana, con las facciones animadas de una santa serenidad, dí gracias á Dios porque me permitía consagrar al consuelo de su existencia el tiempo que aún me resta vivir; mas en el momento de hallarnos en el altar, he comprendido que me separaba de todo cuanto me había rodeado hasta entonces, y debo confesar que en ese instante mis pensamientos se fijaban todos en Félix. De nuevo parecíame oir las inolvidables palabras que me dijo el día en que reconocimos por primera vez que habíamos nacido el uno para el otro; de nuevo me figuré que su brazo me enlazaba, y escuché atenta, como el día en que apoyaba la cabeza sobre su hombro, su voz simpática que me decía: «¡No, Julieta, nada puede separarnos ahora, ni aun la muerte!» Dime, tú que conoces tan bien mi corazón y mi vida, si crees que he procedido mal. De todos modos, yo no me arrepiento de nada; porque me parece, Teresa, que en este instante el cielo me ha concedido una revelación que me llena de agradecimiento y me tranquiliza. Cuando el buen sacerdote bendijo nuestra unión, mis sentimientos eran singularmente distintos, pero todos felices. Al tocar Conrado mi mano, la suya estaba tan fría como la de un cadáver, y á pesar de ello, su contacto me hizo experimentar una sensación que no había sentido hace años, desde la época en que Félix y yo acostumbrábamos á pasear por los bosques cogidos de la mano. Agobiada por el peso de estos recuerdos, incliné la cabeza, y mi vista se fijó en la fría mano que estaba en la mía. No te rías ahora de mí, Teresa, al decirte que creí ver..., me es imposible expresarte la viveza y la verdad de esta impresión..., que creí ver en esa mano mi anillo perdido, aquel que dí á Félix y que Conrado me regaló antes. Cerré los ojos, y entonces me pareció aún que el difunto estaba junto á mí y tenía mi mano en la suya. Después miré la cara de mi esposo, y parecióme la de un serafín, tan serena, y sin embargo tan expresiva, de un sentimiento profundo que revelaba las luchas y padecimientos del pasado y una calma triunfante en el presente. En aquel momento pensé, pero con una fuerza de convicción tal, que me sería imposible darte idea de ella, que Conrado no formaba más que uno con Félix, y que los tres, poseedores de aquel mismo anillo extraviado, estábamos reunidos en cierto modo.

Teresa sonrió al oir á Julieta hablar de sus alucinaciones, y dijo que no necesitaba un anillo fantástico para estar segura de que Julieta había obrado dignamente y de que aquel matrimonio sería un triple lazo entre el muerto y los vivos.

Apenas acababa de hablar, cuando el ayuda de cámara del conde entró en la habitación: no había hecho desaparecer del todo de sus ropas y de su aspecto las señales de la reciente lucha, y así es que, alarmadas las dos amigas al verle, exclamaron á la vez:

– ¡En nombre del cielo! ¿Qué ha ocurrido?

– Está tranquilo, contestó el criado, y ahora duerme.

El hombre añadió, suprimiendo con prudencia todo detalle, que su señor acababa de sufrir un violento ataque de fiebre; que había enviado á buscar al médico más cercano, y que suplicaba á la condesa que no se acercara sin permiso del doctor, porque experimentaría una emoción que en tal momento podía serla fatal.

Mucho le costó á Teresa persuadir á Julieta de que debía acceder á esta súplica, y al fin cedió por dicha suya, porque detrás de aquellas puertas que se le prohibía franquear reinaba el horror. Allí estaban los vestigios de la última lucha de Conrado y de su irremediable derrota; la batalla había sido prolongada y heroicamente sostenida, pero por lo mismo la derrota fué más tremenda. El hombre que estaba allí inerte, completamente quebrantado, había domado por la fuerza todas sus libertades, había aniquilado los antagonismos, dominando los impulsos de su naturaleza. Había vencido, porque había reinado, imponiendo su voluntad á todas las partes de su ser; pero su triunfo mismo fué la causa de su caída. De repente, todas las fuerzas tan largo tiempo dominadas habíanse rebelado de una vez, anonadando al usurpador; el campo de batalla estaba cubierto de ruinas; muebles destrozados, porcelanas rotas, espejos hechos pedazos, fragmentos de cristal y restos de tapices arrancados estaban esparcidos en la estancia en revuelta confusión, y las ricas y blandas alfombras presentaban aún vestigios del choque de dos fuerzas brutales. En medio de aquel desorden, con los ojos secos y brillantes como los del hombre atacado de locura, con los labios sanguinolentos y sólidamente atado, hallábase tendido de espaldas el caballeresco jefe, el último vástago viviente de la antigua casa de Roseneck; y alrededor de él, pálidos y sudorosos, con las mejillas magulladas y sus robustas articulaciones enrojecidas de sangre, veíase á los cuatro vencedores, á los rudos lacayos á quienes se había ido á buscar á la cuadra y á la granja.

Teresa había interpretado rápidamente la mirada oblicua del ayuda de cámara, y apenas pudo separarse sin temor de Julieta, halló un pretexto para reunirse con él en la antecámara, desde donde debía conducirla á la habitación de Conrado. Convencida de que era responsable de todo cuanto entonces se hiciera, dió orden de retirar los muebles rotos y reparar el desorden de la habitación; después dispuso que se pusieran espesos cortinajes en las ventanas, que se arreglase el lecho y se cubriera con una colcha al infeliz conde, atado, mudo y casi privado de conocimiento.

Mientras se hacían estos preparativos, bajó á la sala del banquete y excusó la ausencia del conde, pretextando una ligera indisposición de su esposa. Esto produjo el efecto apetecido, pues cada cual se apresuró á despedirse, y cuando el último coche desapareció fuera de la verja, Teresa fué á reunirse con su amiga.

– Tus penas, querida Julieta, dijo, comienzan muy pronto; el pesar llega más ó menos pronto, pero llega, y debemos soportarle con resignación.

Y sin dejar tiempo para que su amiga contestase, comenzó á prepararla para lo que debía hacer.

Entretanto llegó el doctor, y después de interrogar á los testigos sobre el acceso de Conrado, conversó largo tiempo con Teresa, examinó después con la mayor atención al paciente, declaró al fin que las fuerzas del conde estaban tan agotadas, que por lo pronto no debían temerse ninguna nueva crisis. También quiso pasar la primera noche á la cabecera del lecho, y no permitió á nadie acercarse al conde, que seguía siempre en un estado de completa insensibilidad. Desató las ligaduras, cortó los espesos bucles

de su cabello negro y aplicó compresas de hielo á la frente.

Julieta, á quien durante semanas enteras se prohibió acercarse á su esposo, trasladóse á una de las habitaciones inmediatas, y dispuso que se sustituyesen las puertas con tapices.

Los días y las noches transcurrieron sin que se produjese ninguna mejora en el estado del conde y sin descanso para Julieta en sus largas vigilias, durante las cuales permanecía atenta detrás de la espesa cortina, única cosa que la separaba del enfermo. Siempre junto á ella, dirigía á veces una furtiva mirada á la habitación del conde, escuchando con la mayor atención. Mejor hubiera sido para Conrado y para ella que en estas vigilias no se hubiese mostrado tan celosa y atenta, ni escuchado tampoco los sonidos que salían de aquella estancia donde le estaba prohibido entrar; pues entre ellos, algunos helaban la sangre en las venas de Julieta, matando para siempre la piedad en su corazón. No eran más que las palabras entrecortadas de un loco, pero contenían una confesión involuntaria, y esta confesión le reveló una verdad tan aterradora como la aparición de la cabeza de Medusa, que convertía los hombres en estatuas. También Julieta se convirtió en estatua, y aunque yo no la vi sino una vez, no podré olvidarla jamás.

No obstante, cierta mañana Conrado, algo repuesto por la primera noche de reposo de que hasta entonces había podido disfrutar, recobró el conocimiento, pudo darse cuenta de los objetos que le rodeaban, y juzgándose feliz al verse libre de todo padecimiento físico, fijó en su esposa, que le observaba, una mirada de profundo agradecimiento.

Pero la figura que vió no era la de una mujer; era la del ángel del juicio.

– ¿Por qué no alargaste la mano para salvar á Félix?, preguntó la condesa.

Estas palabras fueron pronunciadas lentamente, como un murmullo casi ininteligible; mas á Conrado le parecieron terriblemente claras y precisas: ¡Ya lo sabía todo!... Cuando oyó estas palabras y vió el aspecto de Julieta, tampoco él ignoró ya nada. Comprendió que el secreto se había escapado al fin de unos labios que ya no eran dueños de sí mismos, y que la voz que le acusaba era la de su propia conciencia. ¡Su crimen se alzaba delante de él!...

XI

DEMONOCRACIA

¿Qué crimen era este?

No era el acto irreflexivo de un hombre dominado por la pasión; ni siquiera se podía considerar como un acto, pues el conde no había sido nunca esclavo de la pasión, pero llegó á serlo de su pensamiento, y éste fué para él un soberano peligroso.

En la tarde del día en que Julia contrajo esponsales con Félix, cuando los dos volvían al castillo por el lindero del bosque, aquélla percibió como un lamento en el tallar, y Félix había oído también ruido entre la espesura: era Conrado, que poseído de una inexplicable inquietud, había dejado escapar un suspiro y trataba de volver al castillo sin que se le viera.

Manteniéndose invisible, pudo observar cómo los dos enamorados paseaban juntos; oyó á Julieta manifestar á Félix el temor que Conrado le inspiraba respecto á sus desposorios, y comprendió muy pronto que estaba irremediablemente perdida para él. Acostumbrado desde hacía mucho tiempo á preparar su espíritu para el combate mortal con el enemigo impetuoso que entonces le acometía, apeló á su orgullo y á su fuerza de voluntad para ocultar á todos los ojos las amargas angustias de aquella lucha; y desgraciadamente para él mismo, lo consiguió demasiado bien. A este fin anunció su proyecto de enlace con la heredera de Weisemberg, y durante un momento tomó la idea por lo serio.

«Un año más de lucha, se decía, y habré dominado esta loca pasión que tiene su origen en el error de toda mi vida.» Pero los felices poseedores del paraíso de que había sido desterrado jugaron imprudentemente con la violenta codicia de que su corazón era presa; burláronse de ella como de un animal domado, ó se mostraron indiferentes, pareciendo ignorar su existencia. En su mortal angustia, veíase aislado en medio de los que no la sospechaban, y entre los que le eran más queridos, ninguno observaba lo que padecía. No había agradecimiento para el mártir que sufría por causa de ellos, ni ternura ni piedad para su dolor ignorado.

El conde hubiera arrostrado valerosamente, y sin duda vencido, mayores dificultades aún para disimular sus padecimientos y sacrificios de cada instante á los ojos de personas recelosas ó desconfiadas. Deseaba con toda sinceridad ocultarlos; mas aquellos para quienes quería guardar el secreto, esforzándose por conseguirlo, dejábanse engañar tranquilos, de la mejor buena fe; consideraban como una cosa muy natural su fingida calma, y le creían tan pronta, tan implícitamente, que Conrado se exasperaba por su propio triunfo.

Y no podía escapar ni un instante por la palabra, la mirada ó la acción, del fuego devorador de aquella angustia oculta; debía reprimirse como en el pasado, pero esta reserva era entonces natural para él; mientras que ahora esforzábase en la imitación de sí mismo, como un actor imita un modelo, y de este modo todo su ser se transformó en una máscara, que no podía arrancar aunque le sofocaba. Todas las circunstancias y condiciones de su vida habíanse unido para dirigir su carácter por vías de que la juventud quiere generalmente apartarse. Aun siendo niño, sus afecciones tenían un carácter paternal; la costumbre de juzgarse superior y con más autoridad habíale sido casi impuesta por la sumisión espontánea de aquellos que le rodeaban, y así adquirió una confianza fatal en la infalibilidad de su propio juicio.

Después ocurrió la aventura del anillo de Amasis, que le condujo gradualmente á ser supersticioso, última áncora de salvación del hombre sin fe. Rodeado de peligros, de los cuales le advertía á cada momento su pasión creciente, y persuadido de que desear era dar una prueba de su debilidad, trató en todas las circunstancias de aniquilar la tentación, anulando la iniciativa de la voluntad, lo cual equivalía á renunciar al privilegio más elevado de un ser racional, al ejercicio de esa facultad en que reside el libre albedrío, y convertía en confusa amalgama probabilidades aventuradas y locas, mundo natural de temores y esperanzas en el que las almas se pierden ó se salvan por sus propios actos.

Estaba resuelto á soportar sin murmuración todo cuanto pudiera imponerle la fatalidad que gobernaba su confuso porvenir, pero también había decidido no rechazar un don precioso si el capricho de aquélla ponía casualmente en su mano abierta el ser cuya posesión codiciaba ardientemente.

En tal estado de ánimo, dominábale un espíritu maligno cuando su hermano le propuso ir á cazar patos al río el día fatal del 14 de septiembre: fué con repugnancia, acosado por tristes presentimientos; y como si todas las cosas se conjurasen contra él, Félix estaba aquella mañana de un humor muy provocativo. Animado de una petulancia insolente y agresiva, el hermano menor hacía precisamente todo cuanto la premeditación más maliciosa hubiese podido concebir para exasperar el humor sombrío del primogénito.

A cada instante, impacientado por la expresión taciturna de su hermano, preguntábale si pensaba en la heredera de Weisemberg, su novia elegida con tanta prudencia; y después, montando como á caballo en el pasamano de la embarcación y balanceándola con absurda temeridad, añadió: «¡Qué divertido será observar la cólera de los representantes de la ley cuando compres á la futura condesa una diadema de brillantes con el dinero salvado de sus garras! A pesar de todo, amigo mío, no será nunca tan preciosa como esto.»

Al pronunciar estas palabras, hizo brillar la amatista á los rayos del pálido sol de la mañana.

– ¡No, continuó, aunque acumularas todos los diamantes de la tierra, no llegarías á igualar el precio de esta piedrecita!

En el corazón de Conrado, una voz interior murmuraba: «¡Guárdate, guárdate!» Pero Félix se mostraba á cada momento más alegre y agresivo, y su hermano más lúgubre y grave.

En presencia del hijo del guarda había advertido á Félix que cometía una imprudencia, y varias veces le rogó que permaneciese quieto; pero después el muchacho saltó á tierra, y los dos hermanos quedaron solos: Félix, indiferente y agitando alegre las alas de su felicidad; y el primogénito, concentrado en sus amargas reflexiones y haciendo esfuerzos para sofocar en su pecho los gemidos de un corazón lacerado.

– Decididamente, dijo Félix, estás de un humor insoportable esta mañana; mas si no puedo alegrarte, por lo menos haré que tengas miedo. ¡Allá va!...

Y comenzó á balancear el barco con más violencia aún. Conrado permanecía sentado tranquilamente sin contestar; pero hallábase poseído de una indecible agitación; los murmullos que habían llegado á ser familiares para él parecíanle un horrible estribillo del agua, sacudida por el movimiento del buque; y las voces cantaban:

«¡Ya volvemos, la sortija es nuestra!
Dinos, hermano, ¿quién será el esposo?»

Félix, apoyándose desigualmente con un pie, había hecho girar con violencia la proa de la barca, poniéndola contra la corriente, de modo que aquélla, inclinándose de lado, se sumergió; Félix perdió el equilibrio, vaciló, resbalóse un pie, cayó al agua y desapareció.

Muy pronto volvió á la superficie, pero su caída había comunicado impulso á la barca, que se hallaba entonces algunos metros más allá; Félix se dirigió hacia ella con todas sus fuerzas, pero la brisa comenzaba á soplar, y la embarcación, cuyas velas estaban desplegadas aún, avanzaba con tanta rapidez como el nadador y con más velocidad que la corriente. De aquel barco no se alargó una mano protectora ni un remo para ayudarle; el peso de su vestido empapado en agua y de sus macizas botas aumentaba más á cada empuje que daba, y sus fuerzas disminuían. Debilitado, sofocado ya, gritaba: «¡Basta, Conrado, por Dios, ya basta! ¡Ya es suficiente el castigo; las fuerzas me abandonan; me hundo!» En aquel momento, Conrado no oía apenas á Félix, ni le veía tampoco; una imagen que hacía largo tiempo dormitaba en el estado de recuerdo, aparecióse de improviso á sus ojos; formas vagas que durante más de una hora y más de un día de desgracia habían cruzado su mente, siguiendo el curso de sus pensamientos, llegaban ahora de pronto desde el mundo interior al exterior, y no eran tan sólo visibles, sino muy marcadas. Conocíalas bien; no eran pensamientos nuevos, sino amigos de antigua fecha, viajeros que volvían de lejos y que hacía largo tiempo se habían domiciliado en un espíritu, animando su soledad. Eran contemporáneos de los crímenes de aquellos siglos pasados, cuya conciencia no podía hallar reposo en la tumba; habíalos exhumado de las negras profundidades de épocas olvidadas, cubiertos del polvo de los reyes de Tebas, y los incrustó después en los repliegues silenciosos de su alma para convertirlos en ídolos de su triste religión.

Esas visiones estaban ahora ante él, y su presencia se interponía con tal fuerza entre su vista y todos los objetos que se hallaban realmente á su alrededor, que no veía ninguna otra cosa, ni aun al mismo Félix. Para él todo eran fantasmas: Sethos, el príncipe sin reino, y Amasis, el usurpador, que se hundía en las olas. Frío como el espectro de su propio pensamiento, permanecía de pie, con los brazos cruzados, en la popa de la embarcación que corría á merced del viento, contemplando, sin verle, al hermano que iba á perecer.

Entonces, en los ojos y en el rostro de Félix manifestóse una especie de terror indecible, mas no era el temor á la muerte; era que leía en los ojos y en el semblante de su hermano; y con una voz que podía considerarse como el último suspiro de su amistad fraternal, exclamó: «¡Conrado, Conrado!»

No obtuvo contestación: el barco avanzaba con rapidez, conservándose siempre la misma distancia entre los dos hermanos, que se miraban fijamente; y al fin escapáronse estas palabras de los labios del nadador sumergido:

«¡En el nombre de Dios muy misericordioso, salva tu alma inmortal, y tiende la mano hacia mí!»

Estas fueron las últimas palabras de Félix de Roseneck, que se hundió al pronunciarlas. La mano y el brazo suplicantes con que había reclamado el auxilio que se le rehusó quedaron un instante visibles en la superficie del agua, cuando todo lo demás había desaparecido.

Involuntariamente, Conrado hizo un movimiento para coger aquella mano; mas en el instante en que alargaba el brazo, la amatista que ostentaba en el dedo brilló á los rayos del sol. Repentina y rápida fué, como el rayo que consume, hiere y desvanécese en el espacio de un segundo, la serie de ideas que despertó en su cerebro aquella chispa fatal; una voz interior le gritó: «¡No luches contra la mano de Seb Kronos!» Entonces retrocedió, y pudo ver que la mano de Félix había desaparecido.

Apareció una vez más y después otra y otra, no como antes, sino rígida ya por la agonía de la muerte, y con un ademán inconsciente que no suplicaba ya, pero que parecía amenazar. Al fin se sumergió del todo, y ya no volvió más á la superficie.

Conrado contemplaba con ojos atónitos el sitio donde había desaparecido, sin saber cuánto tiempo hacía; mas al fin, el ladrido lejano de un perro en la orilla le distrajo de su contemplación. Entonces estremecióse, poseído de horror, cual si despertara de un sueño espantoso, y mirando en torno suyo, vió que estaba solo, solo con la implacable realidad; y dominado por todas las angustias del remordimiento, precipitóse de cabeza en el río.

Julieta sabía ahora todo esto, lo sabía por primera vez después de haberse unido para siempre con el asesino de su antiguo prometido, pues como tal consideraba á su esposo. Esta revelación no la mató,

pero fué un golpe mortal para su corazón y su juicio. Vivió, mas no para consolar á Conrado, sino para vengar á Félix; el amor puede sobrevivir al aprecio, pero Julieta no había amado nunca á Conrado: le profesaba un verdadero culto, y él acababa de cometer un sacrilegio contra sí mismo. No hay merced para los impostores que han sido adorados como ideales, ni perdón para los falsos dioses que profanan sus tabernáculos.

POST SCRIPTUM

Había pasado una parte de la noche leyendo los papeles del conde de Roseneck, y fluctuaba entre el horror y la compasión.

¿Podía yo decir al miserable que la expiación superaba al crimen?

«¡No, pensé, no haya piedad para el hombre desapiadado, ni merced para aquel que no ha sido misericordioso! ¡El ángel del juicio no es un escribano; no es más que guardián de los registros que nosotros mismos le llenamos, y la mano que firma las sentencias en ese libro eterno es la del hombre!»

Meditando así, dirigíme hacia la ventana y descorrí las cortinillas; el astro del día iluminaba ya el cielo, y de improviso recordé este versículo de la Biblia: «Hizo salir el sol, así para el justo como para el injusto.» – «La noche, me dije, inspira sentimientos inhumanos; voy á ver á ese hombre, de quien el reposo ha huido hace largo tiempo, y tal vez podré proporcionársele.»

Dí orden de enganchar el coche y me puse en marcha.

Cuando llegué á casa del conde de Roseneck, la debilidad de éste era tan extremada, que juzgué inútil toda intervención médica; y sólo llegué á tiempo para ofrecer el auxilio doloroso y compasivo que durante tanto tiempo había sido necesario para el espíritu fatigado de aquel hombre.

Me senté á la cabecera de su lecho, buscando en mi corazón palabras de consuelo; su mano izquierda reposaba en la mía, y noté que las pulsaciones de la vida disminuían progresivamente. Al fin dejé de percibir los latidos, y le creí difunto; pero de repente incorporóse por un supremo esfuerzo; sus ojos se abrieron desmesuradamente y miraron al cielo con una expresión de fervorosa súplica; al mismo tiempo levantó el brazo derecho en el aire; su mano, agitándose en el vacío, pugnaba aparentemente por coger alguna cosa, y con voz sonora, profunda, casi sobrenatural, el paciente exclamó:

«¡En nombre del Señor misericordioso, hermano, salva mi alma inmortal! ¡Tiende tu mano hacia la mía!»

Y entonces observé que aquel rostro, invadido ya por las sombras de la muerte, se dilataba por una sonrisa; sus facciones se iluminaron con una expresión de agradecimiento y de inefable alegría; y después el paciente apoyó de nuevo la cabeza sobre la almohada, dejando escapar un suspiro muy prolongado...

¡Era el último aliento del conde de Roseneck!

Traducción de Enrique de Verneuill

SECCIÓN CIENTÍFICA

BUQUE DIVISIBLE EN DOS PARTES

En octubre de 1890 se lanzó al agua en los astilleros de Saginaw (lago Michigán) un ingenioso buque que á la vez responde á las necesidades de la navegación en alta mar y á las de la navegación por los canales que ponen en comunicación los lagos interiores de los Estados Unidos con el río San Lorenzo. El fin que persiguen los armadores MM. Wheeler y Compañía, de West Bay City (Michigán), es evitar los trasbordos de las mercancías que transitan en las pinazas que frecuentan los canales citados: éstos, destinados á salvar la diferencia de nivel de 180 metros que existe entre la región de los lagos y Montreal, comprenden 43 esclusas que sólo se prestan á la navegación de buques de poca eslora. En su consecuencia se han propuesto aquéllos construir embarcaciones de mucho tonelaje susceptibles de ser divididas en dos partes para atravesar las esclusas y ser luego nuevamente juntadas á su llegada á Montreal.

El *Mackinnaw*, que ha realizado con éxito este viaje, es un buque todo de acero, de 3.578 toneladas en bruto, con 87 metros de eslora, 12'25 de manga y 8'80 de puntal. Sus máquinas de triple expansión y sus calderas de acero ondulado están timbradas á 11 kilogramos. Después de lanzado sin desmontar en las caletas de Saginaw fué conducido á los astilleros de Buffalo para completar su armamento, terminado el cual se cortó una de las líneas de remaches á lo largo de la cuaderna maestra, siguiendo la línea quebrada formada por las junturas de las planchas de carena (fig. 1), y cerrando luego cada una de las dos mitades del barco por un tabique vertical estanco, fueron éstas lanzadas al agua por un plano inclinado perfectamente engrasado.

En la travesía del lago Ontario (fig. 2) y del canal Welland la mitad de popa, que es la que contiene las máquinas, navegó al impulso de éstas, y la de proa, previamente lastrada, fué remolcada como lo indica el grabado, llegando ambas, después de un viaje de once días, felizmente á Montreal, en donde se practicó una operación inversa á la que se había ejecutado en Buffalo: unidos nuevamente los dos trozos del buque, y remachadas unas sobre otras las planchas correspondientes, el barco fué lanzado por el procedimiento ordinario y descendió el San Lorenzo para dirigirse á Nueva York.



Fig. 1. Lanzamiento del buque americano divisible en dos mitades, en los astilleros de Buffalo

Aunque el resultado de esta prueba parezca favorable, puede temerse que las operaciones de desmontar y montar el buque no siempre se verifiquen con la precisión necesaria, sobre todo si las embarcaciones han sufrido algunas averías en la travesía de las esclusas y del San Lorenzo, ó se han resentido á consecuencia de algunos golpes de mar. De todos modos, muy crecidos han de ser los gastos de trasbordo y muy grandes las pérdidas de tiempo experimentadas por los pequeños barcos de transporte para que sean superiores á los que requieren las operaciones descritas.

Esto no obstante, la tentativa de MM. Wheeler y Compañía no deja de ser interesante y creemos que merece ser conocida.

(De *La Nature*)

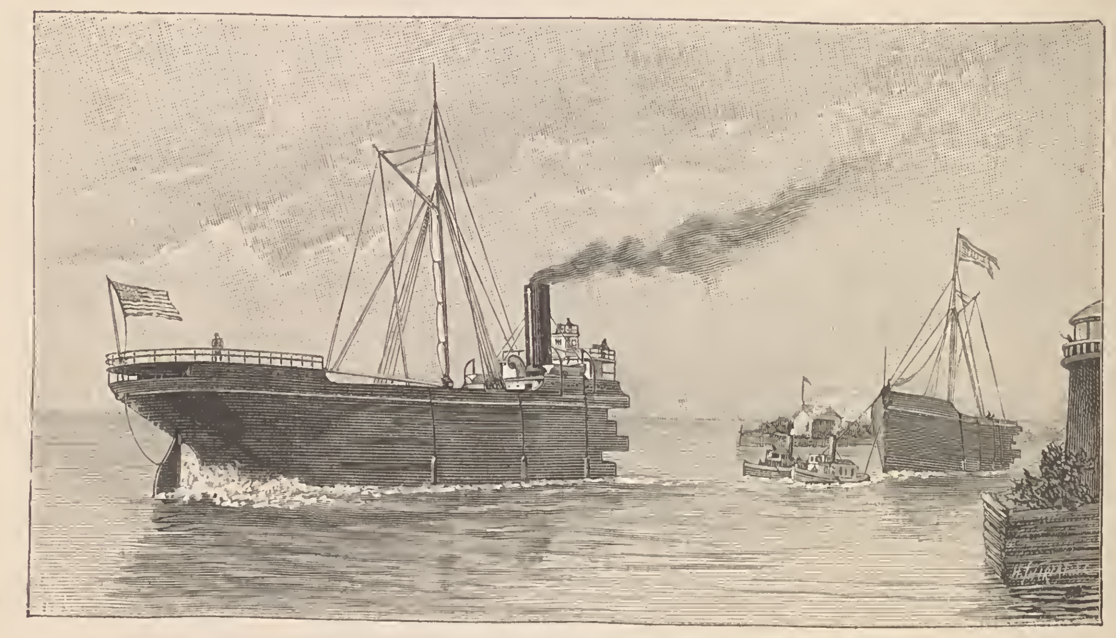


Fig. 2. Travesía del buque, después de desmontado, por el lago Ontario

UN NUEVO BUQUE ELÉCTRICO

De los astilleros que en Chiswick, en el Támesis, posee la casa Woodhouse y Rawsou, acaba de salir un nuevo buque eléctrico, construído por encargo del gobierno inglés, que se propone utilizarle para el transporte de tropas entre los puertos de Chatham y Sheerness. El *Electric*, que así se llama el barco, tiene 48 pies de eslora y 9 de manga; los acumuladores colocados debajo de las banquetas de la cubierta sirven de lastre, y su carga proporciona fuerza suficiente para una travesía de 10 horas á razón de 8 nudos por hora, llevando el buque 48 soldados con todo su equipo. El electro-motor no produce el menor ruido y el barco se desliza por el agua sin sacudidas. Los acumuladores se cargan poniéndose en comunicación con una dinamo emplazada en Chatham.

En Inglaterra se cree con fundamento que en breve los vapores que hacen el servicio del interior de los puertos, especialmente los que se dedican al transporte de pasajeros y mercancías desde tierra á los grandes vapores transatlánticos, serán reemplazados por buques eléctricos.

La casa Woodhouse y Rawsou ha recibido tantos encargos, que se ha visto obligada á construir un segundo astillero y está en vías de montar otro: además de los pedidos del gobierno inglés, tiene varios del México y acaudalados particulares como Rotschild y otros se preparan á sustituir por buques eléctricos sus actuales vapores de recreo.

Los industriales ingleses por su parte, conociendo las ventajas de estos nuevos barcos se han apresurado á utilizarlos, y la conocida fábrica de jabones de Pears posee ya dos de ellos y tiene encargado otro que será el mayor de cuantos lleva construídos la casa citada, puesto que medirá 50 pies de eslora.

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea catarral ó de constipado, seca, nerviosa, ronca, fatigosa, etc., etc., bronquial ó pulmonar, por fuerte y crónica que sea, hallarán el alivio inmediato tomando la **PASTA PECTORAL INFALIBLE del Dr. ANDREU de Barcelona.**

Son tan rápidos y seguros los efectos de estas pastillas, que casi siempre desaparece la *tos por completo* al terminar la primera caja.

Los que tengan también **ASMA** ó **SOFOCACIÓN** usen los cigarrillos balsámicos y los papeles azoados del mismo autor, que la calman instantáneamente y permiten al asmático *dormir durante la noche.*

MEDICAMENTOS ACREDITADOS

PÍDANSE EN LAS Farmacias

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte

y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR GUTLER ó **MENTHOLINA** que prepara el **Dr. ANDREU de Barcelona.**

Su olor y sabor son tan exquisitos y agradables, que además de un poderoso remedio, es artículo de recreo é higiene, porque deja la boca fresca y perfumada por mucho tiempo.

LA MENTHOLINA en polvo aumenta la blancura y belleza de los dientes.

Véase el curioso opúsculo que se da gratis.



Participando de las propiedades del *Iodo* y del *Hierro*, estas Píldoras se emplean especialmente contra las **Escrofulas**, la **Tísis** y la **Debilidad de temperamento**, así como en todos los casos (**Pálidos colores, Amenorrea, &ª**), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

Blancard — Farmacéutico, en Paris, *Rue Bonaparte, 40*

N. B. El ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las ***verdaderas Píldoras de Blancard***, exigir nuestro **sello de plata reactiva**, **nuestra firma** puesta al pié de una etiqueta **verde** y el Sello de garantía de la **Unión de los Fabricantes** para la represión de la falsificación.

SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

Enfermedades del Pecho

Jarabe Pectoral DE P. LAMOUROUX

Antes, Farmacéutico

45, Calle Vauvilliers, Paris.

El Jarabe de Pierre Lamouroux es el **Pectoral por excelencia** *como edulcorante de las tisanas, á las cuales comunica su gusto agradable y sus propiedades calmantes.*

(Gaceta de los Hospitales)

Depósito General: 45, Calle Vauvilliers, 45, PARIS

Se vende en todas las buenas farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á **10** céntimos de peseta la entrega de **16** páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

---

ENFERMEDADES DEL

ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emicion de la voz.— PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

SOCIEDAD de Fomento *Medalla de Oro.* PREMIO de 2000 fr.

JARABE Y PASTA de H. AUBERGIER

con LACTUCARIUM (Jugo lechoso de Lechuga)

EXPOSICIONES UNIVERSALES PARIS 1855 LONDRES 1862 *Medallas de Honor.*

Aprobados por la Academia de Medicina de Paris é insertados en la Colección Oficial de Fórmulas Legales por decreto ministerial de 10 de Marzo de 1854.

« Una completa innocuidad, una eficacia perfectamente comprobada en el *Catarro epidémico*, las *Bronquitis, Catarros, Reumas, Tos, asma* é *irritacion* de la garganta, han grangeado al **JARABE y PASTA** de **AUBERGIER** una inmensa fama. »

(Extracto del Formulario Médico del Sr Bouchardat catedrático de la Facultad de Medicina (26ª edición).

Venta por mayor: **COMAR Y Cª**, 28, Calle de St-Claude, PARIS

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES BOTICAS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK



Querido enfermo.— Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría.— Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 25 años

Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

APIOL

de los Drês JORET & HOMOLLE

El **APIOL** cura los *dolores, retrasos, supresiones de las* **Epocas**, así como las *pérdidas*. Pero con frecuencia es falsificado. El **APIOL** verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los **Drês JORET y HOMOLLE.**

MEDALLAS Expos Univles LONDRES 1862 - PARIS 1889

Farla BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS



GOTA Y REUMATISMOS

Curacion por el **LICOR** y las **PILDORAS** del **Dr Laville:** El **LICOR** *se emplea en el estado agudo;* las **PILDORAS,** *en el estado crónico.*

Por Mayor: **F. COMAR**, 28, rue Saint-Claude, PARIS

Venta en todas las Farmacias y Droguerias.—Remítese gratis un Folleto explicativo.

EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA:

PAPEL — CIGARROS

ANTI-ASMÁTICOS BARRAL

PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES

EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bn BARRAL

disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos, DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

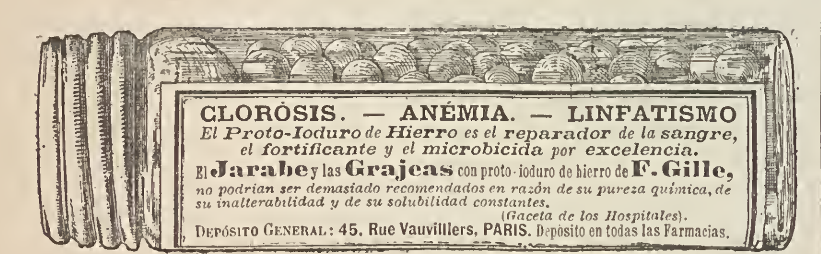


JARABE DE DENTICION



FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.

EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr. DELABARRE



CLORÓSIS. — ANÉMIA. — LINFATISMO

El ***Proto-Ioduro*** *de* ***Hierro*** *es el* ***reparador*** *de la* ***sangre***, *el* ***fortificante*** *y el* ***microbicida*** *por* ***excelencia.***

El **Jarabe** y las **Grajeas** con proto-ioduro de hierro de **F. Gille,** *no podrian ser demasiado recomendados en razón de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.*

(Gaceta de los Hospitales).

DEPÓSITO GENERAL: 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Depósito en todas las Farmacias.

36, Rue Vivienne **SIROP du Doctr FORGET** RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses

---

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias

El *JARABE DE BRIANT* recomendado desde su principio, por los profesores **Laënnec, Thénard, Guersant**, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES** del **PECHO** y de los **INTESTINOS.**

CARNE, HIERRO y QUINA

El **Alimento** mas fortificante unido a los **Tónicos** mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorósis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteracion de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas y escorbuticas*, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reune todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energia vital*.

Por mayor, **en Paris**, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD



ESTUDIO DEL PINTOR EDMUNDO HARBURGER. (Véase el artículo en el núm. 479.)

UNA OBSERVACION sobre un CUADRO DE RAFAEL

En una noticia publicada recientemente en el *American Journal of sciences*, Mr. H. A. Newton da cuenta de la opinión de Mr. Holden, director del observatorio de Lick, ápropósito de una pintura de Rafael conocida con el nombre de *Madona di Foligno* y conservada en Roma en la Pinacoteca del Vaticano. El lienzo representa á la Virgen de pie en el cielo, y á sus plantas se extiende un paisaje que comprende la villa de Foligno y sus alrededores. Entre el cielo y la tierra se ven algunas nubes, un arco iris y una gran lágrima de fuego animada evidentemente de un movimiento de precipitación hacia el suelo.

¿Qué significación tiene esta lágrima de fuego? Muchos eruditos han pretendido que era un rayo; pero lo cierto es que no tiene en manera alguna el aspecto *fulgurante* con que los pintores han representado en todos tiempos y de un modo siempre uniforme la imagen del rayo ó del relámpago.

Otros han creído que la tal lágrima era una bomba con su trayectoria ó fuego griego y que con ella se quiso aludir á las sangrientas guerras de aquella época, pero la completa ausencia de humo hace inverosímil tal suposición.

Mr. Holden y, tomándola de él, Mr. Newton emiten una opinión muy diferente de las anteriores: según ellos lo que Rafael quiso representar fué un bólido con varios meteoros dejando tras de sí un rastro.

M. Daubrée, que ha dado cuenta de la noticia americana á la Academia de ciencias de París, ha examinado en la Escuela de Bellas Artes de la capital francesa una copia del referido cuadro de Rafael y opina como MM. Holden y Newton.

Es de notar que cuando el lienzo fué pintado hacía poco que había caído una lluvia de meteoritos en Crema, á corta distancia de Milán, y que Rafael, aun sin haber presenciado el fenómeno, pudo conocerlo en sus menores detalles, por descripciones como la de Amoretti que ha llegado hasta nosotros, siendo por esta razón muy natural que en el momento en que terminaba la terrible guerra con los franceses el fenómeno meteórico fuese incluído con el arcoiris entre los testimonios de la intercesión divina.

UN HALLAZGO CURIOSO

Lo es en efecto el que acaba de hacerse en los sótanos del edificio del Tribunal civil de Francfort en el Mein: consiste en un saco de correo ó mala postal que data del año 1584 y que contiene 475 cartas, convenientemente selladas, intactas todas, de procedencia italiana y con destino á los Países Bajos.

Todos estos documentos han sido depositados en el Museo de Berlín y algunos historiadores han obtenido autorización para examinarlos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN